BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE LA HUELLA

Lou Carrigan

JUGANDO EL JUEGO



Acostado en el lecho de la habitación que le habían destinado en aquella clínica privada de la CIA, el agente secreto Brian Talbot contemplaba por la ventana el resplandeciente sol de principios de primavera.

En realidad, no veía nada. Estaba tan absorto en sus pensamientos que en aquellos momentos ni siquiera sentía el dolor. Aquel dolor que había ido naciendo en su estómago desde muy poco después de conocer a Norah.

La había conocido en Palma de Mallorca, donde Brian era jefe de la *Special Station* que la CIA había instalado allí. A los treinta años, era un trabajo de enorme responsabilidad, para la que pocos hombres estaban capacitados. Brian Talbot lo estaba, y la CIA lo sabía perfectamente, así que el puesto había sido para él. Le gustaba Mallorca y, pese a los sórdidos riesgos de su trabajo, era feliz allí, en lo posible dentro de la profesión de espía.

Lou Carrigan

Jugando el juego

Bolsilibros - La huella - 74

ePub r1.0
LDS 09.12.17

Título original: *Jugando el juego*
Lou Carrigan, 1976
Colección LA HUELLA n.º 74. Bruguera – 1976
Colección SERVICIO SECRETO n.º 1690. Bruguera – 1983
Colección PUNTO ROJO n.º 52. Ediciones B – 1994
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2

COLECCION

LA HUELLA

eb

CAPÍTULO PRIMERO

Acostado en el lecho de la habitación que le habían destinado en aquella clínica privada de la CIA, el agente secreto Brian Talbot contemplaba por la ventana el resplandeciente sol de principios de primavera.

En realidad, no veía nada. Estaba tan absorto en sus pensamientos que en aquellos momentos ni siquiera sentía el dolor. Aquel dolor que había ido naciendo en su estómago desde muy poco después de conocer a Norah.

La había conocido en Palma de Mallorca, donde Brian era jefe de la *Special Station* que la CIA había instalado allí. A los treinta años, era un trabajo de enorme responsabilidad, para la que pocos hombres estaban capacitados. Brian Talbot lo estaba, y la CIA lo sabía perfectamente, así que el puesto había sido para él. Le gustaba Mallorca y, pese a los sórdidos riesgos de su trabajo, era feliz allí, en lo posible dentro de la profesión de espía.

Sí, allí había conocido a Norah Prentiss…

Brian Talbot vivía en un chalet pequeño y confortable, a poca distancia de Palma. El chalet estaba frente a la playa, apenas a treinta metros. Y allí, en la playa, cuando estaba tomando el sol, en febrero, había conocido a Norah…

Ella llegó con un grupo de turistas norteamericanos, que pasaron junto a él, conversando, riendo, tomando fotografías… Brian los miró con indiferencia, hasta que, entre el grupo, distinguió a Norah. Era imposible no fijarse en ella. Norah también le estaba mirando, y en aquel instante, Brian Talbot se olvidó del sol, del mar azul, de su vida de peligros, de su soledad… Se olvidó de todo. Para él, en aquel instante, solamente existían aquellos claros ojos fijos en él, aquella boca sonrosada, aquellos cabellos que parecían de oro bajo

los rayos del sol…

Pero la muchacha siguió caminando por la playa, con su grupo de amigos, y desapareció. Desapareció de la vista de Brian Talbot, pero no de su mente.

Días más tarde, la volvió a ver.

Brian estaba en un supermercado de Palma, haciendo sus compras semanales.

—Hola —saludó ella—. ¿Verdad que nos conocemos?

—Me temo que no —murmuró él.

—Nos vimos hace unos días, en la playa. Usted estaba tomando el sol. Es americano, ¿verdad?

—No —negó Brian—. Inglés.

La muchacha se echó a reír.

—Oh, no —rechazó—. Es usted americano, se llama Brian Talbot y es periodista. Lo sé porque me he estado interesando por usted estos días. ¿Qué vino me aconseja?

—Depende de para qué lo quiera.

—Oh, pues para todo. Me gusta estar bien provista.

—¿Piensa llevar vino a Estados Unidos?

—No voy a volver a Estados Unidos, por ahora. He alquilado un apartamento en la calle Poeta Tous y Maroto. ¿La conoce?

—Sí.

—Es un lugar agradable, ¿verdad?

—Sí.

—Mis padres han seguido el viaje hacia Niza, pero yo he preferido quedarme aquí. Adoro a mis padres, pero a los veintitrés años una persona debe saber elegir su propio camino, ¿no le parece?

—Cuando se tiene dinero, no creo que haya problemas.

—No tengo gran cosa, pero papá sí tiene. Me estaría enviando dinero toda la vida, si se lo pidiese. De todos modos, voy a dedicarme a pintar, y a lo mejor gano suficiente para mis necesidades. Precisamente, en estos días he pintado un cuadro… ¿Le gustaría verlo?

—Francamente, no siento el menor interés.

—¿Está molesto conmigo porque le he hablado sin conocernos?

—No lo sé.

Ella le miró fijamente. Sus ojos tenían tal resplandor que Brian

se sintió sobrecogido.

—Me he quedado aquí por usted —murmuró ella—. Por lo tanto, sería infantil y absurdo que me conformase con verlo de lejos. Y por si le gustan las explicaciones claras, le diré que me he enamorado de usted, señor Talbot.

Brian sonrió con displicencia.

—¿No le parece esto un poco fantástico? —preguntó.

—¿Por qué? —se sorprendió ella.

Brian se quedó mirándola fijamente. Era tan hermosa y delicada que a cada instante que pasaba se sentía más sobrecogido.

—Me estoy portando de un modo estúpido —admitió—. La ayudaré a escoger los vinos.

—Gracias. Ni siquiera me ha preguntado quién soy.

—¿Quién es?

—Norah Prentiss —rió ella—. Encantada de conocerle.

Brian vaciló, pero acabó por sonreír.

—Yo también estoy encantado de conocerla.

—¿También se ha enamorado de mí?

—Así es. Desde que la vi.

—Tenía esa esperanza —susurró Norah—. La vida puede ser maravillosa a veces, ¿no crees?

Brian Talbot asintió. Sí, la vida podía ser maravillosa, a veces. Maravillosa y sencilla. Pasa lo que tiene que pasar y como tiene que pasar, eso es todo. Ayudó a Norah a hacer sus compras, y la acompañó al apartamento de la calle Poeta Tous y Maroto, cargando con la mayor parte de lo comprado.

—¿Te gustaría quedarte a tomar café? —ofreció Norah.

—Sí. Pero son casi las seis de la tarde, así que quizá deberíamos tomar cualquier otra cosa.

Norah le rodeó el cuello con los brazos, y lo besó en la boca, suavemente. Tenía los labios tiernos y frescos, como el aliento. Cuando, finalmente, los separó de los suyos, susurró:

—Quédate a desayunar, y así podrás tomar el café a una hora adecuada…

Brian Talbot suspiró y se pasó las manos por la cara. Dejó de mirar por la ventana, pero no pudo dejar de pensar en Norah. Se casaron una semana después de tomar juntos el café aquella mañana… Y desde entonces, el agente de la CIA comenzó a sentir

aquellos dolores cada vez más persistentes en el estómago. Hasta que decidió asegurarse de sus temores. Se las arregló para llenar de aquel café un par de tubos vacíos de aspirinas, y poco después, con un pretexto alusivo a su trabajo periodístico, le dijo a Norah que tenía que viajar a Estados Unidos. Para Brian Talbot, espía joven, pero ya experimentado, la cosa estaba clara: Norah Prentiss trabajaba para algún servicio secreto enemigo que tenía determinados proyectos con respecto a él, y lo estaba envenenando lentamente, lentamente…

Esto era tan horrible, amaba tanto a Norah, que en ocasiones, Brian Talbot pensaba que antes que seguir soportando aquel dolor mortal prefería que Norah se excediera por fin en una dosis, y terminase de una vez.

La puerta del cuarto se abrió y entró Andrew Wallen, el hombre que, desde la Central de la CIA, en Langley, dirigía a los agentes como Brian Talbot. Era su jefe directo, la única persona en la que Brian podía confiar en este cochino mundo. Cuando Brian vio la expresión de su jefe, palideció. Pero no dijo nada hasta que Wallen, que estaba tan pálido como él, se sentó a su lado, en una silla.

—¿Había veneno? —musitó Brian, tras unos segundos de tenso silencio.

—No.

Brian sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Cómo qué no? ¿Han analizado el café o no?

—El café ha sido analizado, del mismo modo que nuestros médicos le han sometido a usted a un completo chequeo, Brian.

—Bien… ¿No hay veneno? ¿No hay traición por parte de Norah?

—Norah Prentiss, así como toda su familia, fueron investigadas por nosotros en cuanto usted me avisó de que iba a casarse en menos de una semana, Brian. Ya le dijimos entonces que los Prentiss eran una intachable familia americana. Y el análisis del café, desde luego, no aporta dato alguno en sentido contrario.

—¡Dios, cuánto me alegro…! —exclamó Brian, iluminado el rostro; pero, de pronto, adoptó una expresión estupefacta—. Entonces…, ¿qué tengo? ¿Qué me pasa?

—Debió venir antes. —Andrew Wallen estaba sudando de angustia—. En cuanto tuvo los primeros dolores.

—¿Qué tengo?

—Cáncer —jadeó Wallen—. Un cáncer en el estómago, inoperable ya. Es absurdo mentirle a un hombre como usted, Brian; los médicos no le dan más de tres o cuatro meses de vida.

CAPÍTULO II

Casi dos meses más tarde, exactamente el catorce de julio, el empleado de los servicios aduaneros del aeropuerto mallorquín de *Son Sant Joan* admitió con gesto amable al súbdito norteamericano, procedente de París, llamado Andrew Wallen, cuyo equipaje, consistente en un portafolios y una maleta, fue también aprobado.

Fuera del edificio esperaba un hombre que, al ver salir a Wallen, se acercó rápidamente a él, con respetuoso gesto.

—Bien venido a Mallorca, señor. ¿Me permite su maleta?

—Gracias, Irwin. ¿Todo bien por aquí?

—Sí, señor. Me voy familiarizando con el puesto, gracias a los buenos consejos que de cuando en cuando me da Brian.

Wallen frunció el ceño.

—Supongo que no se ven demasiado, Irwin.

—No, señor. Solamente lo imprescindible. Yo tengo muchas cosas que atender, y Brian está asimismo muy ocupado.

—¿Brian está muy ocupado? —se sorprendió Wallen—. ¿En qué?

—Está escribiendo un libro —sonrió el nuevo jefe de la *Special Station* de la CIA en Palma de Mallorca.

—¿Un libro? —Se detuvo en seco Wallen—. ¿Sobre qué?

—Una novela, señor. No —sonrió de nuevo Irwin—, no es de espionaje. Brian no es muy comunicativo al respecto, pero he comprendido que se trata de una novela de amor… De la vida misma, como él dice.

—Ya. Bueno, me parece muy acertado. Un hombre de la mentalidad de Brian no debe permanecer inactivo.

—Es terrible, ¿verdad, señor?

—¿A qué se refiere?

—A lo de Brian… Espere a verlo… Está más delgado, y si no fuese porque toma mucho sol parecería ya un cadáver. Por Dios, hace falta tener agallas para soportar eso como lo hace Brian Talbot.

—No debemos olvidar que Brian Talbot ha sido uno de los mejores hombres de la CIA. Un hombre preparado para todo.

—Sí, señor. Pero… ¡no sé si yo estoy preparado para soportar una noticia como la que él recibió…!

—¿Está amargado? Quiero decir…

—No, señor, no. Está normal. Lleva una vida agradable, nada, toma el sol, escribe… Supongo que un buen porcentaje de este valor se lo debe a su mujer, pero, de todos modos, como dicen en España, Brian tiene más coraje que un toro, señor.

—Más vale así —susurró Wallen.

—¿Va directamente a verlo o lo llevo a su hotel? Le reservé una habitación en el Brisa. Es modesto y discreto…, y no pude conseguir otra cosa. Usted no sabe cómo se pone esto de turistas en verano, señor.

—Vamos directamente a ver a Brian.

—Muy bien. Usted ya sabe que se quedó en el chalet de la playa, ¿no es así, señor? Hubo que hacer algunos traslados y arreglos, pero las molestias no tienen importancia cuando se trata de hacer grata la poca vida que le queda a un compañero… ¿Cuánto cree que puede vivir todavía?

Wallen se pasó la lengua por los labios, y no contestó. Irwin lo miró, un poco perplejo, pero comprendió que no debía esperar respuesta. Puso el coche en marcha y partieron.

Cuando el coche se detuvo delante del chalet, era poco más de las once de la mañana. Wallen se apeó, tomó el portafolios, y se dirigió hacia la puerta. Irwin siguió adelante, desapareciendo en pocos segundos.

La puerta la abrió Norah. Palideció al ver a Wallen, y se quedó mirándolo fijamente, incapaz de pronunciar una sola palabra. El espía de despacho sonrió cordialmente.

—¿Qué tal, señora Talbot?

—Pase, por favor.

Wallen entró, mirando a todos lados. Hizo un gesto de aprobación, que aumentó cuando miró más detenidamente a Norah.

—Está usted muy bonita, Norah —susurró—. ¿Todo va bien?

—Va todo lo bien que puede ir. ¿Ha venido directamente del aeropuerto?

—Así es. ¿Está Brian en casa?

—Estuvo trabajando a la máquina hasta hace unos minutos. Ahora está en la playa… Iba a reunirme con él dentro de unos minutos, en cuanto terminase de preparar el almuerzo. ¿Quiere que vaya a buscarlo?

—Será lo mejor. No quisiera llenarme de arena los zapatos. Gracias, Norah.

Norah Talbot condujo a Wallen al salón desde el cual se veía la playa, y señaló uno de los sillones. Pero Wallen se fue directo al ventanal, para mirar hacia la playa. Tardó pocos segundos en localizar a Brian, tendido en la arena, cara al sol, inmóvil…

—¿Cómo está reaccionando? —susurró.

—Bien. Voy a buscarlo.

Andrew fue a sentarse en un sillón, y así lo encontraron cuando entraron. Brian se le acercó, tendiendo la diestra, sonriendo alegremente.

—¡Vaya, señor…! ¡Ésta sí que es una sorpresa agradable…!

—¿Cómo va eso, Brian? —murmuró.

—Pues ya ve: todavía estoy vivo. Paso algunos malos momentos, pero a todo se acostumbra uno. Naturalmente, se quedará usted a almorzar con nosotros, señor… ¿O tiene prisa?

Andrew Wallen a duras penas pudo contener un estremecimiento. Cierto: Brian estaba muy tostado por el sol, pero más delgado que la última vez que lo había visto, cuando se despidieron en el *John Foster Dulles Airport*.

—He convenido con Irwin que pasará a recogerme dentro de treinta minutos. Creo preferible que la entrevista sea corta, Brian.

—Ah, bueno, al menos tomará un aperitivo, ¿no? Perdone que le haya recibido en albornoz, pero la verdad es que sólo me visto cuando Norah y yo vamos a Palma a divertimos un poco. ¿Tomará un Martini, señor? Con aceitunas y anchoas, naturalmente.

—De acuerdo —consiguió sonreír Wallen.

Brian señaló el sillón, y cuando Wallen se hubo sentado de nuevo, lo hizo él, en el sofá, mientras Norah iba a la cocina. El espía condenado a muerte la estuvo mirando hasta que desapareció.

Luego, clavó sus oscuros ojos en Wallen.

—Cada día —musitó— me preguntó si tengo derecho a esto, señor.

—No diga tonterías.

—Bueno… Cada vez que pienso que fui a la Central pensando que Norah era una espía enemiga que me estaba envenenando, me daría de golpes.

—En nuestra profesión no está de más desconfiar de todo el mundo, Brian.

—Sí, lo sé. Pero…, ¿de ella? Bueno, más vale no recordar esa estupidez mía. ¿Sabe usted que estoy escribiendo un libro, señor?

—Irwin me lo ha dicho. Espero que no sea nada que pueda resultar comprometido para la CIA, Brian. Ya tenemos bastantes quebraderos de cabeza por cuestiones de libros sobre la CIA. Me refiero, claro está, a ese libro de Marchetti y Marks.

—Por aquí se dijo desde el principio que ese libro era una maniobra de intoxicación informativa por parte de la propia CIA —sonrió Brian—. No tenemos muy buena fama, precisamente. Aunque no debería decir tenemos, ya que yo no pertenezco ya a la CIA. Quiero decir, en servicio activo. Estoy procurando olvidar eso. Pero —sus ojos contemplaron escrutadoramente a Wallen— quizá la CIA no se haya olvidado de mí.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que no puedo creer que usted haya venido a visitarme por motivos estrictamente personales. Aunque me alegraría mucho de equivocarme.

—Lo siento —bajó la mirada Wallen—, pero no se ha equivocado, muchacho. He venido a proponerle algo.

—¿Algo que me haría volver al servicio activo? —Relucieron los ojos de Brian Talbot.

Andrew Wallen no tuvo tiempo de contestar, porque Norah regresó de la cocina, con una bandeja con vasos, un recipiente con cubitos de hielo, y aceitunas y anchoas. Colocó la bandeja sobre una mesita y fue en busca del Martini al mueble-bar de la librería. Al volverse ya con la botella, los dos hombres permanecían en silencio. Miró a uno y a otro, sirvió el aperitivo y dijo:

—Se me ha terminado la sal. Voy a ir a comprarla en un momento, con el coche… Supongo que todavía estará usted aquí,

señor Wallen.

—Sí, naturalmente.

Brian se puso en pie, pasó un brazo por los hombros de su esposa y la acompañó hasta la puerta de la casa. Cuando regresó y se hubo sentado en el sofá, miró sonriente a Wallen.

—Es una buena esposa para un espía, ¿verdad, señor?

—Es inteligente y discreta —admitió Wallen—. He venido a proponerle algo, Brian. Algo monstruoso.

—¿Monstruoso?

—No se me ocurre definirlo de otra manera… ¿Cómo se encuentra?

—Mal. Últimamente tengo que recurrir con más frecuencia a las inyecciones de calmante… Y no siempre me calman. Me ha pillado usted en un buen momento, sin embargo. Por las tardes la cosa no va tan bien.

—Entiendo… Bueno, de todos modos, parece que…, que aún le queda… Bien…

—¿Qué ha venido a proponerme, señor?

—Necesitamos un hombre que esté dispuesto a morir dentro de quince días. Quizá catorce. Quizá dieciséis…

—¿Dispuesto a morir…, quiere decir a jugarse la vida?

—No. Quiero decir a morir. Nuestro hombre tendrá que morir. Inevitablemente. Todo el plan se ha basado en eso.

—¿Y pensaron en mí?

Andrew Wallen tragó saliva y murmuró:

—Yo sugerí la posibilidad de que usted aceptase. Catorce o dieciséis días de vida sin dolor alguno, el último triunfo personal para usted, para la CIA y para Estados Unidos. Luego, la muerte… Ya le he dicho que mi proposición era monstruosa.

—Quiero diez millones de pesetas… Unos ciento ochenta mil dólares. Pero en pesetas. Depositadas en la Banca March, de Palma de Mallorca, a nombre de Norah Prentiss, antes de cuarenta y ocho horas.

—¿Eso significa que acepta? —exclamó Wallen.

—Con esa condición, sí.

—Dios mío…

—¿Por qué se espanta? Fue usted mismo quien sugirió que yo podría aceptar, ¿no es así? Me estaba preguntando qué le dejaría a

Norah a cambio de la felicidad que me ha proporcionado, y usted me ha ofrecido la solución. Ella no necesita dinero, pues sus padres lo tienen en abundancia, pero yo quiero dejarle algo. Ni con cien veces más pagaría lo que ella me ha dado, pero quiero hacerlo. Estaba escribiendo un libro para que le fuese dando algo de dinero…, un recuerdo mío. Pero el libro lo puede terminar ella misma, pues conoce todo el argumento. Y, además, tendrá un recuerdo menos romántico, pero que le permitirá vivir siempre agradablemente, por poco que sepa manejar diez millones de pesetas. Y ahora…, ¿qué es lo que tengo que hacer yo? Aparte de morir, se entiende.

Wallen sacó un pañuelo, se lo pasó por la frente y luego por las palmas de las manos. Estaba sudando como nunca en su vida. Y no era debido únicamente al clima de la Isla de la Calma. Cuando comenzó a hablar, tras colocar su portafolios sobre sus rodillas y abrirlo, su voz era ronca. Pero, poco a poco, se fue aclarando, y la explicación inicial para la misión de Brian Talbot en América del Sur fue brotando de sus labios con toda claridad y coherencia.

Cuarenta y ocho horas después, un elegante caballero de finos modales y cordialísima sonrisa, detenía su «Seat 1430» delante del chalet de Talbot, llamaba a la puerta, y mostraba toda su sonriente cordialidad a la hermosa muchacha de ojos azules y rubios cabellos que abrió.

—Buenos días —saludó—. ¿Señora Talbot? ¿De soltera Norah Prentiss?

Hablaba un perfecto inglés de Inglaterra. Norah asintió en silencio.

—Permítame presentarme. Mi nombre es Jorge Senau. Represento a la Banca March. ¿Puede recibirme unos minutos?

—Pase, por favor —susurró Norah.

—Muchas gracias.

Pasaron al saloncito. Y ya sentados ambos, Jorge Senau abrió su portafolios y extrajo de él una gran cartulina impresa, que tendió a Norah.

—Es un certificado de depósito por diez millones de pesetas efectuado a nombre de usted en nuestra casa central. Inicialmente, a un plazo fijo de medio año, por lo que percibirá usted el seis por ciento de interés. Solamente falta su firma para que todo quede

perfecto. ¿Será tan amable?

Norah aceptó la pluma del señor Senau, firmó y devolvió el certificado y la pluma. Pero el señor Senau recuperó solamente la pluma.

—El resguardo es para usted. Quiero que sepa, señora Talbot, que nuestro Banco está a su completa disposición para todo —sonrió de nuevo—. Especialmente, para proporcionarle a usted sobre la base de este capital mayores intereses del seis por ciento. Si dispone usted de tiempo en este momento, tendré mucho gusto en asesorarla sobre diversas inversiones que…

Jorge Senau se marchó diez minutos más tarde. Norah regresó al salón, se sentó mirando hacia la playa, y estuvo así otros diez minutos. Luego, tomó el resguardo de diez millones de pesetas, salió de la casa, hacia la playa.

Cuando llegó junto a Brian, éste se sentó, la miró, vio en seguida la gran cartulina y suspiró profundamente. La tomó, la leyó atentamente, y asintió con la cabeza.

—Mi avión para Barcelona sale a las cuatro —susurró.

—Sí.

—Tengo tiempo de tomar café contigo —sonrió Brian.

A las tres de la tarde llegó el taxi pedido por teléfono. Brian Talbot entregó el equipaje al taxista y regresó al saloncito, donde Norah ocupaba un sillón, inmóvil como una estatua. Las persianas estaban casi completamente cerradas, así que sólo había un difuso resplandor dorado que daba a su bella y delicada silueta una tonalidad de oro.

Brian Talbot se acercó a su esposa y le puso una mano en un hombro. Ella se estremeció y alzó la cabeza. Brian cerró los ojos un instante, cuando vio las gruesas y silenciosas lágrimas deslizándose por las mejillas de Norah.

—Adiós… —susurró—. Adiós, mi amor…

CAPÍTULO III

En Miami, Brian Talbot fue recibido por dos hombres que lo llevaron a un coche estacionado en el *parking*. Allá Brian dejó de llamarse así, merced al impecable pasaporte que le facilitaron, a nombre de Carlos Navarro, de nacionalidad española. Aquella misma tarde, diecisiete de julio, salió de Miami hacia Ciudad México, donde pasó la noche. Es decir, la poca noche que quedaba. A las nueve del día siguiente, Carlos Navarro abandonaba la capital mexicana en un reactor de Aero-México. Y a las seis de la tarde, tras un transbordo en Panamá, donde tomó otro avión, éste de las Líneas Aéreas Andinas, llegaba al Aeropuerto Nacional de Ciudad Andina, en la costa de este país, situado entre Colombia y Ecuador.

En el aeropuerto le estaba esperando un hombre, que se acercó a él cuando apareció en la sala de espera.

—¿Señor Navarro? —inquirió en español.

—Sí —lo miró con curiosidad Brian.

—Me llamo Germán —dijo el sujeto—. Tengo un coche ahí fuera… ¿Todo va bien?

—Que yo sepa, sí —sonrió secamente Brian.

—Permítame que le ayude. Su maleta…

—Puedo llevarla yo, gracias.

—Bueno, sólo lo decía por… Bien…

—Todavía me quedan fuerzas para llevar una maleta —dijo Brian, con tono agrio.

Germán palideció un poco, y señaló la salida. Poco después, partían del aeropuerto, en un viejo «Ford» que Germán conducía con gran pericia.

—Entiendo que no ha estado usted nunca antes en este país, señor Navarro —dijo Germán, de pronto.

—Nunca. Pero supongo que Andina no será muy diferente de otros países sudamericanos.

—No. —Germán encogió los hombros, con cierto desdén—. Es más o menos igual. Está casi completamente ocupado por los Andes, de modo que su terreno aprovechable consiste en una franja de ochenta kilómetros de ancho y ciento veinte de largo entre las montañas y el mar. Frutos tropicales, cereales, ganado, algo de oro y platino hacia las montañas… No más de cuatro millones de habitantes. Eso es todo. Oh, bueno, también está la pesca, claro.

—Ha olvidado el petróleo.

—De eso hablaremos luego. ¿Ha recibido instrucciones completas?

—Sí, pero usted deberá repetírmelas.

—*Okay*. Exacto, así está preparado todo. Oiga, ¿le importa que hablemos un rato en inglés?

—En absoluto…

—¡Ufff…! ¡Es un alivio poder hacerlo de cuando en cuando! —exclamó Germán, en inglés—. Le aseguro que antes no quise molestarle con lo de la maleta.

—Estoy seguro de ello.

—¿Realmente cree que usted sólo podrá hacer todo lo que hay que hacer, Navarro?

—Sí. En especial, no creo necesitar ayuda para morir…

Germán volvió a palidecer ligeramente. Ya no dijo nada más durante el viaje.

—Ahí la tiene: Ciudad Andina, la capital de Andina. Es una ciudad de trescientos cincuenta mil habitantes, según el último censo. Aunque me parece que no se toman eso de los censos muy en serio. Calcule unos quinientos mil, contando los indios que continuamente bajan de las montañas.

—Parece una ciudad agradable —murmuró.

—Lo es. Pero ya sabe lo que pasa: la capital siempre ofrece una imagen muy diferente a la realidad del país. Naturalmente, los rusos también se han enterado de que por fin se ha encontrado petróleo en las tierras bajas, y algo harán. En la actualidad, gracias al petróleo, Andina se ha convertido en un bocado exquisito…

—Que nosotros queremos engullir.

—¿Qué más da? Si no lo hacemos nosotros, lo harán los rusos;

incluso quizá se atreviesen los chinos o los japoneses. De todos modos, nuestra diplomacia ha trabajado bien esta vez, así que parece que nos quedamos con todo. Eso sería formidable, así que no hay que descuidarse, ni hacer la menor concesión a nada ni a nadie.

—Lo que vamos a hacer es una cochinada —dijo Brian.

—En efecto. —Germán le miró con cierta perplejidad—. ¿De qué se escandaliza? Somos la CIA, ¿no? Entremos en la casa. Espero que le guste.

Entraron en la casa. Carlos Navarro encogió los hombros al verla, y Germán comprendió que le tenía sin cuidado. De la cocina trajo una botella de vino y dos vasos.

—Sírvase. Voy a buscar el material.

Germán regresó con una carpeta, de la que sacó mapas y fotografías, que fue extendiendo sobre la mesa, luego, acercó una silla, y se sentó junto a Brian. Señaló el mapa, tras extenderlo completamente.

—Andina. Será bueno que lo estudie detenidamente. Sobre todo, la costa, y las profundidades de las fosas marinas. La más adecuada para su trabajo es la Fosa de la Tortuga. Está a sólo sesenta kilómetros mar adentro, casi delante mismo de Ciudad Andina: su profundidad es de unos tres mil metros. Eso quiere decir que cualquier barco que se hunda ahí, jamás podrá ser rescatado.

—Entiendo que usted me aconseja la Fosa de la Tortuga.

—Sin duda alguna. Ahí deberá llevar usted el pesquero Alcotán y hundirlo. Y… Bien…

—Ya sé que debo hundirme con él —susurró al fin—. Hablemos de todo lo demás. Es decir, hable usted.

—Sí. Bueno, el Alcotán, bajo otro nombre, está ya navegando hacia Ciudad Andina, cargado clandestinamente con cinco toneladas de oro. Ciento sesenta millones de dólares. No está mal, ¿eh?

—Si fuese verdad, no.

—Tiene razón. Bien, veamos… Nuestros diplomáticos, en cuanto se supo que había petróleo en las tierras bajas de Andina, se apresuraron a iniciar contactos con el presidente Héctor Carranza… Tras varias conversaciones se llegó a un acuerdo: Héctor Carranza no quería billetes nuestros, ni tratados por medio de los cuales se pudiese ver obligado a importar de Estados Unidos todo cuanto

necesitase su país del exterior. Exigió, y obtuvo, que a cambio de su petróleo, nosotros le diésemos oro. Con ese oro, el presidente Carranza obtendría una… libertad de acción para negociar con otros países la compra de muchas cosas que Estados Unidos puede ofrecerle. Los ciento sesenta millones en oro que Carranza está esperando, son a cambio de petróleo. Es decir, que se obliga a vendemos a un precio especial el petróleo de Andina hasta que quede saldado el préstamo. Luego, Andina quedaría libre de su compromiso con Estados Unidos; es decir, que podría vendernos o no su petróleo, según le conviniese o le viniese en gana al presidente en funciones en aquel momento. Eso es demasiado riesgo. No nos interesa. Lo que Washington desea, fundamentalmente, son tres cosas. Primera: que todo el petróleo que pueda producir Andina en el futuro, vaya a parar a Estados Unidos una vez cubiertas las necesidades de la propia Andina; es decir, que sumando el petróleo de Andina, al que obtenemos nosotros mismos, quedaríamos asegurados al cien por cien de nuestras necesidades petrolíferas durante cincuenta años; ya no tendríamos que depender en ningún porcentaje del petróleo de los árabes, o de cualquier otro país: durante cincuenta años, nos bastaría con el nuestro y con el de Andina.

—Gran jugada —sonrió Brian.

—En efecto. Por tanto, no podemos fallar. Segunda: que Andina nos compre a nosotros en exclusiva, todo cuanto necesite; se entiende que seríamos sus únicos abastecedores de maquinaria, automóviles, alimentos, medicamentos, material técnico de toda clase… En fin, todo. Tercera: evitar que la jugada que quizá están preparando Rusia, Japón, China o quien sea, pueda privamos de todo esto, y, posteriormente, ya incrustados sólidamente en Andina, de la instalación de unas bases militares. Esto está entendido, no tiene usted ninguna duda, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien. Para conseguir nuestro primer objetivo, y también el segundo, se ha preparado el truco del pesquero Alcotán. En este pesquero que nosotros hemos puesto a disposición de los andinos con otro nombre, y que se llamará Alcotán cuando entre en aguas jurisdiccionales de Andina, han sido cargadas las cinco toneladas de oro que Héctor Carranza ha exigido. Ese oro fue cargado en

presencia de tres enviados de Carranza, que, a partir de ese momento, no han abandonado el pesquero. Ahora bien, lo que esos tres enviados de Carranza no saben es que ese pesquero estaba preparado para la jugada. El oro fue cargado en un sollado especial…, tan especial como todo el barco. El compartimiento donde fue cargado el oro era, en definitiva, una gran caja incrustada en el casco del pesquero. Esa gran caja, con las cinco toneladas de oro, fue desensamblada del casco del pesquero, y en su lugar, fue ensamblado otro compartimento idéntico que contiene cinco toneladas de hierro. Esto se ha ido haciendo en los momentos en que los tres enviados de Carranza salían del barco para ir a comer en un restaurante del puerto, y hacer otras pequeñas cosas. Incluso parte de la operación, que por supuesto había sido muy bien estudiada y simplificada, se ha realizado mientras esos tres hombres permanecían a bordo, con el pretexto de carenar el barco. No se han dado cuenta de nada, así que en estos momentos, esos tres hombres que creen estar navegando sobre cinco toneladas de oro para su país, lo están haciendo, en realidad, sobre cinco toneladas de lingotes de hierro. A todos los efectos, pues, Washington está cumpliendo su parte. Pero claro está, no podemos permitir que ese barco llegue a Ciudad Andina cargado con hierro, ¿verdad?

—Ahí es donde intervengo yo.

—Sí. Está previsto que, cuando el Alcotán tenga ya este nombre, es decir, que navegue por aguas jurisdiccionales andinas, el personal americano abandone el barco, que quedará a cargo de tripulación exclusivamente andina, al mando de esos tres enviados de Héctor Carranza. Seguirán navegando hacia Ciudad Andina, escoltado el Alcotán por cuatro lanchas patrulleras de la Marina Andina. A partir de ese momento, Estados Unidos ha cumplido su parte: ha entregado cinco toneladas de oro, y su responsabilidad sobre ellas ha terminado. Entonces es cuando debe intervenir usted: debe apoderarse del Alcotán, navegar con él hacia la Fosa de la Tortuga, y hundirlo allí. Los andinos se quedarán sin oro, pero a nosotros nos deberán ciento sesenta millones de dólares. Y puesto que ese barco jamás podría ser rescatado, nunca sabrán la verdad. Ellos deberán ciento sesenta millones de dólares; nosotros habremos perdido cinco toneladas de hierro… ¿No es formidable?

—Y repugnante.

—Bien… Entonces, claro, Estados Unidos, que no será responsable de nada, tendrá derecho a ir recibiendo petróleo de Andina durante determinado tiempo… Hasta que queden saldados los ciento sesenta millones de dólares. Ahora bien: ¿cómo van a poder pagar con petróleo los andinos, si no dispondrán de dinero para poner en marcha la explotación adecuada de los pozos?

—Pueden pedirnos otro préstamo… o recurrir a los rusos, por ejemplo.

—Ajajá… ¡Ésa es la cuestión! Para evitar eso, habrá que hacer las cosas de modo que los rusos queden muy malparados en este asunto: usted tendrá que hacer las cosas de modo que parezca que el hundimiento del Alcotán ha sido cosa de los rusos. De este modo, los andinos ya no confiarán en los rusos, ni en nadie excepto en nosotros, que seremos los buenos amigos que buscan soluciones suaves. Una vez quede evidente la… «Culpabilidad» de los rusos, nosotros haremos otra oferta a Héctor Carranza. Nada de más préstamos, no señor… Lo que le ofrecerá Washington será lo siguiente: Estados Unidos se hace cargo de la explotación petrolífera en toda Andina, poniendo todo el material necesario, el personal técnico, refinerías, etcétera. El petróleo que se obtenga se dividirá en dos partes: treinta por ciento para Andina, que tendrá más que suficiente para sus necesidades interiores; setenta por ciento para Estados Unidos. Con esto, Washington se comprometerá a olvidar la deuda de ciento sesenta millones de dólares en oro.

—Es decir, que Washington consigue todos sus propósitos a cambio de cinco miserables toneladas de hierro.

—Y de la vida de usted —musitó Germán.

—Mi vida vale menos que cinco toneladas de hierro —dijo reposadamente Brian—. Pero entiendo que Estados Unidos dará algo más a Andina…

—Por supuesto… Una subvención anual de cinco millones de dólares en productos norteamericanos, y… fuerzas armadas y personal adecuado para evitar que los rusos vuelvan a molestar a Andina con sus maniobras.

—Durante todo el viaje me he estado preguntando si un plan así podía realmente ser… confeccionado por mentes humanas, Germán. Por poco que se piense, hay que comprender que, sencillamente, nos quedamos con todo. Nuestro gasto será de cinco toneladas de

hierro de manufacturas norteamericanas que estaremos encantados de quitamos de encima.

—Ése es el resumen, sí. Pero quizá el plan no haya sido ideado por mentes humanas.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Brian.

—Existen unas… cosas llamadas computadoras. Una computadora es capaz de planear cualquier cosa.

—No sin la dirección de una mente humana. Una computadora es realmente algo fantástico, pero ni siquiera sabría contestar cuántas son dos y dos si antes el hombre no la hubiese informado de ello.

—Es un punto de vista muy peculiar —se sorprendió ahora Germán.

—En absoluto. Sólo hay que pensar un poco. Una computadora puede resolver las más altas ecuaciones que se le presenten, si así ha sido programada. Pero esa misma computadora saltará en pedazos si se le pide la suma de dos y dos sin haber recibido antes dicha información. No, Germán… No. Esto es obra del cerebro humano. En definitiva, vamos a manipular a cuatro millones de personas.

—No es muy agradable escucharle, Carlos. Por otra parte, usted forma parte del plan… Y en definitiva, es quien va a pagar más alto precio. ¿Sabe una cosa…? Su idea sobre las computadoras no es mala… Quizá ellas pudiesen solucionar el problema sin que usted tuviese que morir.

—No —sonrió Carlos Navarro—. Eso también debe haber sido estudiado muy meticulosamente. Como es lógico, en cuanto yo me apodere del pesquero Alcotán y ponga rumbo a alta mar, los andinos se lanzarán en mi persecución por todos los medios posibles: lanchas, barcos, helicópteros, avionetas… Si todo me sale bien, cuando me estén dando alcance estaré ya en la Fosa de la Tortuga. Para que yo escapase con vida de allí, tendría que recogerme un helicóptero, un hidroavión, quizá un submarino; incluso si me apura mucho, una lancha rápida. Pero eso es demasiado arriesgado para Washington, porque el menor fallo podría ser desastroso. No, no, no… Yo tengo que llegar a la Fosa de la Tortuga, y, al ver que me dan alcance, hundirme con el pesquero. De este modo, no quedará de mí ningún rastro…, excepto el que yo

haya dejado en Andina haciéndome pasar por agente soviético…, y que descubrirán en pocos días. A propósito, ¿cuál será mi nombre ruso?

—Le voy a decir una cosa —jadeó Germán—: No me siento nada feliz por haberle conocido, Carlos.

—¿Por qué se preocupa por eso? Dentro de un par de semanas, yo no existiré… ¿Qué importancia tendrá entonces que usted me haya conocido?

—¿Realmente se da usted cuenta de lo que va a hacer?

—Soy un moribundo al cual le funciona todo muy mal…, menos la cabeza. ¿Mi nombre ruso?

Germán tomó uno de los sobres de encima de la mesa, y lo depositó delante de Carlos Navarro.

—Anton Pulgarín —susurró—. Todo está en orden.

Brian Talbot sacó el pasaporte soviético, lo examinó y asintió, con gesto aprobativo.

—Es perfecto. De donde se desprende que yo soy en estos momentos, según convenga, Brian Talbot, Carlos Navarro o Anton Pulgarín. Me gustaría conocer ahora a las demás marionetas que han de intervenir en el juego, y, si procede, cualquier información complementaria, con el fin de montar todo mi trabajo. ¿Tenemos el dinero necesario, naturalmente?

—Naturalmente.

—Bien. Empecemos por el guerrillero. Creo que se llama Lorenzo Morales, ¿no es así?

Germán colocó uno de los montoncitos de fotografías delante de Carlos Navarro. En la primera había un primer plano del rostro de un hombre moreno, bigotudo, de largos cabellos alborotados. Sus ojos eran pequeños, su boca grande, su frente estrecha. Debía tener alrededor de treinta y cinco años. Brian lo examinó en silencio durante un par de minutos, antes de murmurar:

—No parece muy inteligente.

—Pero lo es. Y muy astuto. Es un zorro que vive en las montañas y que sabe cuándo llega el momento de bajar al llano de cacería. Lleva consigo una partida de alrededor de veinticinco hombres, pero hay muchas partidas por las montañas que obedecen sus órdenes. Es un terrible y sincero enemigo del presidente Héctor Carranza. Si tuviera a su disposición más hombres y más armas, ya

habría intentado una revolución. Pero no dispone de nada de eso en cantidad suficiente.

—¿No recibe apoyo de los rusos o los chinos?

—En cuanto recibiese ese apoyo, se sabría. Y entonces, definitivamente, quienquiera que le hubiese apoyado tendría muy pocas oportunidades de conseguir algo en Andina.

—Pero Lorenzo Morales recibiría con los brazos abiertos cualquier ayuda, ¿verdad?

—Lógicamente.

—Bien. Me gustaría ver unas fotografías del presidente Carranza. ¿Las tiene?

Mientras decía esto, Carlos Navarro miró las restantes fotografías de Lorenzo Morales, el guerrillero. Se dio cuenta de que era un hombre bajo y robusto, armado hasta los dientes, con las piernas arqueadas. Una especie de simio fuerte como el acero.

Cuando apartó estas fotografías, las de Héctor Carranza cayeron ante él. El lado opuesto de la moneda: Carranza era un hombre elegante, atractivo, de aspecto inteligente y noble. Sus cabellos eran blancos en las sienes. No hacía falta calcularle la edad, porque el mundo entero lo sabía: cincuenta y siete años. Brian miró a Germán, que le contemplaba fijamente, y, sin comentarios, apartó las fotografías de Héctor Carranza.

Varias fotos de otro hombre ocuparon su lugar. El hombre era algo más joven que Héctor Carranza, también de aspecto inteligente, bien parecido, con un gesto un tanto soberbio en la boca y en los ojos.

—Anselmo Robles —dijo Germán—: es el hombre que, si se hiciese con el poder, no querría saber nada con nosotros y admitiría a los rusos en Andina inmediatamente.

—¿No está en tratos con Lorenzo Morales?

—No. Anselmo Robles tiene otro estilo.

—Sin embargo, a nadie le sorprendería demasiado que en un momento dado ambos se aliasen para derrocar a Carranza, ¿verdad?

—No creo que nadie se sorprendiese demasiado, cierto. De todos modos, por el momento, nadie admite esa posibilidad.

—Quizá les hagamos cambiar de opinión. ¿Qué más tenemos?

Otro nuevo grupo de fotografías. Esta vez se trataba de una mujer. Una hermosa muchacha de alrededor de veinte años, de

largos cabellos negros, grandes ojos también negros, boca grande, fresca, sonriente… Su cuello era muy esbelto. Llevaba una blusa muy escotada, que permitía ver la parte alta de los senos, morenos y henchidos, erguidos, pujantes. En sus sonrientes labios había un millón de tibias promesas.

—La hija de Robles, supongo.

—Sí. Lucía Robles. Es toda una hembra. Y fíjese que no he dicho mujer: he dicho «hembra». Cualquier hombre daría el pellejo con tal de interesarla.

Brian le miró despaciosamente.

—Cualquier hombre, no —aseguró.

—¿Usted no? Bueno, he preguntado una tontería. Sólo quería saber si en verdad no le parece atractiva.

—Es atractiva. Pero eso no significa nada para mí. Sólo me interesa hacer mi trabajo. A fin de cuentas, si reflexionamos sobre el asunto, llegaremos a la conclusión de que Andina no va a salir demasiado malparada: tendrá seguridad, dinero y trabajo para todo el mundo.

—Y amos.

—Todos tenemos amos, Germán. Incluso usted. ¿O no…?

—Sí —palideció Germán.

—De acuerdo, entonces. Ahora, dígame cuál le parece a usted el mejor medio para entrar en contacto con estas personas según me vaya conviniendo.

—Es fácil hacerlo con todas ellas, excepto con Lorenzo Morales. De todos modos, le explicaré el sistema que según nuestros sondeos serían los más adecuados. Con el presidente Carranza no hay problema de localización, ya que es un hombre público. Respecto a los Robles…

—¿Eso es todo? —murmuró cuando Germán calló.

—Sí. ¿Se encuentra mal?

—Me dijeron que usted me entregaría estimulantes para tres semanas… ¿Los tiene aquí?

—Están escondidos, con el dinero.

—Traiga ambas cosas…, por favor.

Germán salió del comedor, para regresar un minuto más tarde con una pequeña maleta. La colocó sobre la mesa, y la abrió. Estaba llena de fajos de billetes norteamericanos y, encima de todos, un

paquete envuelto en papel de periódico. Brian Talbot tomó este paquete, lo desenvolvió, dejando al descubierto un estuche metálico; abrió también éste, y se quedó mirando las jeringuillas y las alargadas ampollas de fino cristal, llenas de líquido.

—Adiós, Germán —dijo.

—Me gustaría hacer algo por usted —farfulló Germán.

—Ya lo ha hecho. Ha sido un buen introductor, y no hay por qué pedirle más. A partir de este momento, usted no existe para mí. Ni usted ni nadie. Gracias por todo y adiós.

—Tenga cuidado con eso —señaló Germán las ampollas—. No abuse de ellas. Son especiales, y desde luego se sentirá espléndidamente a los pocos minutos de inyectarse, pero piense que cuantas más ampollas se inyecte, menos tiempo le irá quedando de vida.

—Me conformo con dos semanas de plenas facultades físicas. La verdad es que estoy contento por esta oportunidad de morir a plazo fijo, a voluntad, sin dolor… Un momento: ¿y la cápsula de veneno? Ya sabe: la que debo tomar antes de hundirme con el barco pesquero. No me gustaría ahogarme. Es horrible.

—Está debajo de las ampollas. —Germán estaba sudando ahora copiosamente—. Por Dios, esto es espantoso.

—¿Morir? —Alzó las cejas Brian—. No crea. Sólo hay que saber acostumbrarse a la idea. Aunque supongo que, más que acostumbrarme, me he ido embruteciendo con pensamientos conformistas. De todos modos, le aseguro que morir no será tan malo como ir agonizando junto a la persona amada, y observar su sufrimiento por nuestro sufrimiento. Eso sí es espantoso, Germán. Vale más vivir un último instante de amor, luego un beso, una mirada, un adiós… Ella me recordará todavía fuerte, supongo que atractivo, joven. Será como si hubiese emprendido un viaje sin fin. Es doloroso, pero espero que menos que verme en un ataúd.

—Estaré esperando su señal —jadeó Germán—. Por lo demás, creo que, en efecto, es mejor que me vaya.

—Adiós, Germán. Y ya sabe que si el día convenido no ve mi señal, querrá decir que algo me ha ocurrido antes de lo planeado, en cuyo caso, lo siento, pero la CIA tendría que arreglárselas sin mí.

—Si a usted le ocurre algo antes de tiempo, no veo cómo podríamos arreglárnoslas. Dudo mucho que encontrásemos otro

hombre dispuesto a llevar adelante el plan.

—Procuraré no morir antes de tiempo. Supongo que esta casa está debidamente preparada en todos los aspectos.

—Desde luego. Encontrará el resto del material en el dormitorio. Bien, adiós. —Germán vaciló, y tendió la mano—. Supongo que en un caso así no se puede decir «buena suerte».

—Adiós, Germán —aceptó Brian la mano de éste.

Diez minutos más tarde, cargado con la maleta, que Germán había dejado delante de la casa, Carlos Navarro iniciaba el descenso, a pie, hacia Ciudad Andina, por la Avenida de la Colina. Al llegar a la mitad de esta avenida, se detuvo, dejó la maleta en el suelo, y tras sentarse en ella encendió un cigarrillo. Transcurrieron más de quince minutos antes de que un taxi libre apareciese por allí, en descenso hacia la ciudad. Lo llamó, se metió dentro, y señaló hacia abajo.

—¿Sabe usted de algún hotel que no sea demasiado caro? —preguntó.

—Sí, señor.

—Pues vamos allí. Pero tampoco quiero una porquería, ¿comprende?

—Comprendo, señor. Le llevaré al *Miramar*.

—Si se llama así debe ser porque desde él se ve el mar, ¿no es cierto?

—Cierto, señor.

—Me gusta el mar. Espero que también me guste el hotel.

—Le gustará, señor —el hombre reanudó el descenso hacia la ciudad, mirando por el retrovisor a su bronceado pasajero—. Usted es extranjero, ¿verdad, señor?

Brian Talbot, es decir, Carlos Navarro, frunció el ceño.

—Los españoles no hemos sido nunca extranjeros en América —replicó, un tanto acremente—. Por lo menos, desde hace unos quinientos años. Es muy probable que usted lleve sangre española.

—Pos no sé, señor —rió el taxista—. Lo que sí sé seguro es que mi tatarabuelo era indio andino, de las montañas.

—Posiblemente, descendiente de españoles.

—¿Quién sabe? Por aquí no nos preocupamos mucho de eso, decimos, pero nos gusta ser indios. Mi padre…

La conversación duró hasta que llegaron al hotel, sito en la

Avenida Costera.

Ésta quedaba frente a la playa, llena de frondosos árboles y palmeras. Al final se veían las instalaciones portuarias. Carlos Navarro miró la fachada del hotel *Miramar* y aprobó con un gesto.

—Me gusta. ¿Le importa que le pague en dólares USA? No tengo otra clase de moneda, por ahora.

—Pos buenos son los dólares.

Dos billetes de diez dólares en su mano, dejaron al taxista estupefacto. Iba a decir que la carrera no valía ni mucho menos ese importe, pero el señor Navarro le guiñó un ojo, sonriente.

—Los buenos servicios se han de pagar bien —dijo—. Soy pobre, pero no un muerto de hambre. Adiós, amigo.

—Adiós, señor. Muchas gracias.

Salieron los dos del coche, apresurándose el taxista a sacar la maleta. Carlos Navarro quedó en la acera, viendo alejarse el taxi, sonriendo irónicamente.

«Es muy poco probable que tú me olvides, amigo», pensó.

Diez minutos más tarde, el español Carlos Navarro estaba instalado en el hotel *Miramar*, en una muy aceptable habitación desde la que se veía la playa, al otro lado de la avenida, y el inmenso Pacífico, de un color verde-gris, espumoso. Estaba anocheciendo…

CAPÍTULO IV

Después de cenar en el hotel, salió de éste, con la expresión satisfecha de quien se dispone a divertirse lo máximo posible. Encaminó sus pasos hacia la zona portuaria y una vez allí, no tardó en localizar la taberna llamada *El Cóndor*. Estaba detrás de los edificios que daban fachada al puerto, en una de las muchas callejuelas estrechas y mal iluminadas que convertían el lugar en poco recomendable. Germán le había dicho bien claramente que tuviese cuidado al ir allá, pues por menos de un peso, podían abrirle la barriga en cualquier portal. Lo cual, naturalmente, habría resultado definitivamente catastrófico.

Pero no ocurrió nada de esto. Llegó a la taberna *El Cóndor* sin novedad, y tras ocupar una mesa, pidió aguardiente. Mientras lo sorbía miraba con cierta ironía a su alrededor, pensando que no era aquél, precisamente, el lugar donde podía esperarse encontrar un espía de ésos que salen en las películas, siempre rodeados de coches rutilantes y chicas-bombón. El ambiente era denso, olía mal, todo estaba lleno de humo, y las caras que veía no eran ni mucho menos tranquilizadoras. Sabía que le miraban desde todos los rincones de la sala, pero no conseguía enfrentarse a una sola mirada. Cuando él miraba a los ojos a alguien, ese alguien ya había desviado rápidamente los suyos.

Quienes sí le miraban y sostenían sonrientes su mirada eran las mujeres que había allí, esperando una seña de él. En su mayor parte, eran horrendas, pero Carlos Navarro prescindió de esto. Eligió a la que le pareció menos horrenda, y le sonrió. La mujer se acercó a su mesa, como navegando entre humo. Cuando se detuvo ante él, sonriendo ampliamente, Brian percibió el intenso perfume a colonia barata mezclado con sudor agrio. Espantoso.

—¿Me convidas? —preguntó ella.

Brian le hizo señas para que se sentara.

Por supuesto, era una mestiza. Sus cabellos y sus ojos almendrados eran negrísimos, sus labios gruesos, sus caderas muy amplias, y sus pechos poco menos que descomunales. Se quedó mirando a su presunto anfitrión.

—¿Conoces a Gálvez? —le soltó de sopetón.

—Claro —se pasmó ella—: es el dueño de esto.

—¿Está aquí ahora?

—Debe estar dentro, sí.

Brian sacó un fajo de billetes del país, que había cambiado en el hotel y separó uno de cien pesos, que deslizó por la mesa hacia la mestiza. Ella miró el billete atónita un instante, pero en seguida sonrió, metió el billete en el escote y dijo:

—Por esta cantidad hasta puedes pegarme, si quieres.

—No va a pasar nada de eso —se mostró amable Brian—. Ese dinero es sólo para compensarte de la molestia de ir a decirle a Gálvez que quiero hablar con él.

La mestiza tardó unos segundos en comprender. Estaba estupefacta.

—¿No quieres venir conmigo?

—Sólo quiero que avises a Gálvez. Y los cien pesos, para ti.

La incrédula ramera estuvo unos segundos contemplando al hombre de los ojos negros y el cabello color cobre. Después se bebió de un trago el aguardiente, se puso en pie, y desapareció por el fondo del local.

Gálvez apareció cinco o seis minutos más tarde. Para el espía norteamericano, fue un hombre más hasta que quedó ante él, apoyando las manos en la mesa, mirándole fijamente. Era de escasa estatura, pero muy ancho de hombros, cuello robusto y manos enormes. Sus ojos parecían dos cristales negros.

—¿Me busca usted, señor?

—¿Gálvez?

—Sí, señor. Yo soy Nemesio Gálvez, el propietario. Una de las chicas, *la Luján*, me dice que usted quiere verme.

Brian le hizo señas de que se sentara, y así lo hizo Gálvez, en la silla que antes había ocupado la ramera. No dejaba de mirar fijamente a Brian, que se limitó a sacar un billete del bolsillo

interior de su chaqueta y a colocarlo sobre la mesa, bajo la barbilla de Nemesio Gálvez. Éste bajó la mirada, contempló el billete unos segundos, y volvió a mirar a Brian.

—Es un billete de veinte dólares —murmuró.

—Veinte dólares USA, sí —admitió Brian—. Tengo cinco mil más como éste.

Gálvez hizo unas rápidas cuentas mentalmente, y sonrió.

—Pues si tiene cien mil dólares yanquis es usted un hombre muy rico, señor.

—Me llamo Carlos Navarro. Estoy alojado en el *Miramar*.

—No es el hotel al que iría yo si fuese un hombre rico.

—El dinero no es para gastarlo yo. Dígale a Lorenzo Morales si cien mil dólares le interesan.

—¿Lorenzo Morales? ¿Quién es?

Brian lo miró con amable condescendencia.

—Mi servicio, señor Gálvez, sabe perfectamente quién es Lorenzo Morales. Y mi servicio sabe que también usted lo sabe. Otra cosa que sabe mi servicio es que a Morales le deben interesar mucho cien mil dólares y una buena partida de armas. Los hombres tendría que ponerlos él.

—No entiendo nada, señor.

—Quizá Morales lo entienda, si usted le pasa el recado. —Brian se puso en pie y dejó un billete del país sobre la mesa—. Y no es tiempo lo que nos sobra, Gálvez. Buenas noches.

—Se deja usted el billete yanqui, señor.

—Enséñeselo a Morales, como muestra.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Llegó a la calle, y comenzó a alejarse… De pronto, se volvió y vio a los tres hombres que salían de *El Cóndor*. Los tres se quedaron en el umbral, inmóviles, mirándole, mientras él los contemplaba a su vez. Cuando reanudó la marcha, oyó tras él el suave roce de las sandalias en el suelo, y sonrió secamente. Dobló la primera esquina, sin prisas. Inmediatamente, se pegó de espaldas a la pared.

Los tres hombres aparecieron es seguida, presurosos, mirando calle abajo, en dirección al puerto…, y quedaron clavados de pies al suelo al ver a Brian a su derecha, pegado a la pared, inmóvil. Estaba a menos de un metro del hombre que caminaba más cerca de la pared.

Tras un instante de suspense, fue el hombre más cercano a Brian el que dijo:

—Va a venir con nosotros, señor.

—¿Adónde?

—Gálvez quiere hablar con usted.

—Acabo de hablar con Gálvez, y ya le he dicho todo lo que tenía que decirle.

—No, señor. Él quiere verle en otro sitio, para poder charlar con más comodidad.

Brian movió negativamente la cabeza.

—No me interesa. Ya no tengo nada más que hablar con él. Y no me gusta esto.

—Pos tanto si le gusta como si no, señor, va venir.

—No.

La calle estaba muy mal iluminada, pero no tanto que no se pudiese ver el brillo de tres navajas; y sonaron los chasquidos de los muelles al ser abiertas mientras los tres hombres acorralaban a Brian contra la pared.

—Es mejor que venga, señor. ¿Sí?

Brian encogió los hombros y separó los brazos, en un gesto de impotencia… Al mismo tiempo alzaba su pierna derecha, para hundir el pie entre las ingles del andino, que lanzó un berrido, dejó caer la navaja, cayó de rodillas y en seguida de cara, con las manos crispadas entre las ingles.

El hombre que estaba a la derecha de Brian saltó contra éste, lanzando un navajazo. La punta de acero arrancó chispas de la pared, mientras Brian, aprovechando su desplazamiento para esquivar este ataque lanzaba su puño derecho hacia el rostro del hombre que estaba a su izquierda, adelantándose a cualquier acción de éste. Se oyó el seco impacto, el crujir de la mandíbula, y el hombre salió disparado hacia atrás, levantado del suelo por el tremendo puñetazo. Cayó de cabeza, y ya no se movió. Cerca de Brian, encogido en el suelo, gemía el otro, todavía sujetándose la parte de su anatomía brutalmente golpeada.

El que había arrancado chispas de la pared con su navaja, volvió al ataque, pero ya Brian estaba de nuevo frente a él, esperándolo. El andino llegó, lanzando una feroz puñalada de arriba abajo, directa hacia el pecho de Brian, cuya reacción, por una fracción de segundo

pudo parecer suicida, o, cuando menos, carente de lógica: en lugar de retroceder, adelantó un paso, al encuentro del andino…, pero agachándose rápidamente ante él, de modo que el hombre, llevado por el impulso de su golpe cayó de bruces sobre los hombros y la espalda de Brian y acuchillando el vacío. Brian se irguió poderosamente, en una variante de *kataguruma* de judo, y el andino lanzó un chillido al verse volando, proyectado a más de dos metros de altura; en el aire, soltó la navaja, intentó girar… y cayó de espaldas y de cabeza sobre la dura acera, rebotando sonoramente.

Se quedó finalmente de rodillas, semiinconsciente, sin ver nada, zumbándole los oídos, dándole vueltas la cabeza… Un puntapié en la barbilla lo tiró de espaldas, y eso fue todo.

Brian regresó junto al que todavía gemía arrodillado, lo asió por los grasientos cabellos, y lo puso en pie de un tirón. El hombre gritó… y volvió a gritar cuando Brian lo tiró de cara contra la pared, lo recibió al rebote, lo hizo girar, y jadeó:

—Decidle a Gálvez que ya sabe dónde estoy.

Su puño derecho se hundió en el estómago del andino, que gimió, puso los ojos en blanco, y al soltarlo Brian, cayó hacia adelante, como un saco.

Luego, el espía americano siguió su camino.

Media hora más tarde, llegaba a su hotel y pedía la llave de su habitación. El conserje se la entregó; Brian la recogió y dio un par de pasos hacia las escaleras.

Se volvió de pronto.

—Esta ciudad es más grande de lo que parece —dijo—. Creo que a pie tardaría mucho en conocerla un poco… ¿Podría alquilar un coche?

—Sí, señor. Si lo desea, nosotros mismos podemos encargarnos de ello.

—Se lo agradecería mucho. ¿Podré tenerlo por la mañana?

—¿Le parece bien a las diez, señor?

—Estupendo… Muchas gracias.

CAPÍTULO V

A las diez y veinte de la mañana, Carlos Navarro apareció en la calle, acompañado de un botones que le llevó a donde estaba el coche que le habían alquilado, aparcado apenas a veinte metros de la salida del hotel. Navarro dio una propina al muchacho, se metió en el coche y puso las llaves en el contacto. Justo en ese momento, otro coche se detuvo junto al suyo, a la izquierda. El espía miró vivamente hacia el vehículo, deslizando su mano derecha rápidamente hacia el sobaco izquierdo. Se quedó inmóvil, tocando la culata de la pistola con silenciador, y mirando a Nemesio Gálvez, que ocupaba el asiento delantero derecho de aquel coche. Junto a él, otro andino se ocupaba del volante.

Gálvez no dijo nada. Simplemente, señaló con la barbilla hacia adelante, y su coche arrancó. Brian puso en marcha el suyo, y partió en pos del andino.

Quince minutos más tarde, estaban fuera de la ciudad, hacia el interior. A lo lejos, muy a lo lejos, se veían las primeras montañas bajas, recortándose en un cielo intensamente azul. El sol caía casi verticalmente.

Todavía estuvieron viajando por la deteriorada carretera durante media hora más. Las montañas se iban acercando; es decir, naturalmente, ellos se iban acercando a las montañas. De pronto el coche de Gálvez se detuvo a un lado de la carretera. Brian detuvo el suyo y se quedó mirando con gran atención, no sólo hacia el coche de Gálvez, sino alrededor. Pero si había trampa, todavía no podía verla.

Del otro coche, se apeó el hombre que lo había estado conduciendo, y comenzó a caminar hacia Brian. Mientras tanto, Gálvez había pasado al volante, y daba la vuelta, para emprender el

regreso a Ciudad Andina. Cuando pasó cerca de Brian agitó la mano izquierda y sonrió, en cordial saludo. El otro andino llegó junto al coche de Brian cuando Gálvez estaba ya tranquilizadoramente lejos.

Se asomó por la ventanilla y sonrió al ver ante sus chatas narices la pistola de Brian.

—Me llamo Evelio, señor —dijo sin inquietarse en absoluto—. Le voy a llevar con Lorenzo, si usted quiere.

—Usted conducirá —dijo Brian.

—Sí, señor. Con mucho gusto, señor.

—¿Adónde vamos?

—Yo no tengo que hablar con usted, señor. Sólo tengo que llevarlo con Lorenzo. Usted comprende, ¿verdad, señor?

Brian comprendía. No se habló más durante el resto del viaje, que duró todavía otra media hora. Las montañas bajas parecían al alcance de la mano. El pequeño pueblecito apareció de pronto, blanco como si estuviese hecho de sal, cegador bajo el sol. Brian miró a Evelio, que movió negativamente la cabeza.

—Es Chacola, señor. Pero no vamos ahí.

Estaban ya muy cerca del pueblo cuando abandonó la carretera, prosiguiendo el viaje por un estrecho camino de tierra, polvoriento, pero bordeado de altísimos árboles. Cinco minutos más tarde apareció ante los estupefactos ojos de Brian Talbot la hermosa casa rodeada de árboles y jardín. Una enorme hacienda, a cuyo patio central daban grandes arcadas blanquísimas. A la derecha, a pleno sol, había una hermosa piscina de forma irregular, con aguas que absorbían el color azul del cielo.

—Hemos llegado, señor.

—¿Lorenzo Morales está aquí?

—Debería estar, señor.

—Pues no parece que haya nadie aquí.

—Oh, los peones están en el cafetal, pero sí estará Lorenzo. Mire, señor, para no complicar las cosas, usted debería entregarme su pistola ahora.

Tendió la mano, extendida su palma encallecida. Brian se quedó unos segundos mirando los negros ojos que le contemplaban con suma atención, con curiosidad. Acabó por asentir con un gesto, sacó la pistola y la puso en la mano de Evelio, que sonrió.

—Gracias, señor. Ahora puede entrar en la casa. Lorenzo le está

esperando. Pero no está solo, señor, así que si usted lleva más armas, y se le ocurre…

Movió la cabeza, dio media vuelta y caminó hacia la doble puerta encristalada. Bajó la manilla, empujó y entró. En el denso silencio destacó en seguida un lejano rumor muy agradable, que tardó unos segundos en identificar: rumor de agua cayendo.

Estaba en un grandioso vestíbulo lleno de grandes macetones con plantas. Al fondo, frente a él, había otra puerta de cristales. Fue allá, la abrió y quedó de nuevo atónito al ver el patio interior, con azulejos y un surtidor con gran taza de piedra en el centro. Un instante después, vio a Lorenzo Morales.

Había cuatro personas más en aquel patio.

—Sea bien venido, señor Navarro —dijo Morales, con voz bronca, fuerte, muy personal—. Ante todo, espero que disculpe usted la estupidez que cometió anoche Nemesio, al enviarle tres desgraciados.

—Está olvidado —murmuró.

—Muy amable. Yo soy Lorenzo Morales, claro. Ella es Cecilia, mi mujer. Y él —señaló a un hombre en mangas de camisa— es Pedro, el capataz de la hacienda.

Brian inclinó la cabeza hacia Pedro y Cecilia, y volvió a mirar a Morales.

—¿Vive usted aquí? —no pudo retener más su sorpresa.

—¡Claro que no…! —Lanzó una carcajada Morales—. ¡Qué más quisiera yo, señor Navarro! Pero, por favor, siéntese —señaló otra silla de paja cercana a él, esperó a que Brian se sentase, y tras dar una chupada al grueso cigarro, continuó—: La hacienda es de un buen amigo del presidente Carranza.

—¿Qué me dice?

—Le aseguro que así es —volvió a reír Morales—. Pero resulta que Pedro es amigo mío, no de su patrón, ni de Carranza. Y lo mismo pasa con los peones… Usted ya sabe: los pobres se hacen amigos entre sí y enemigos de los ricos. Así que cuando los propietarios de la hacienda están ausentes, como ocurre estos días, Pedro me avisa, y yo, mi mujer, y algunos de mis hombres, bajamos aquí a descansar unos cuantos días, disfrutando de las muchas comodidades de los ricos. Cuando sabemos que van a volver, nos vamos, y aquí no ha pasado nada. Es una hermosa hacienda,

¿verdad?

—Sí.

—Podría degollar a toda la familia propietaria de ella, pero no vale la pena…, por el momento. Yo no podría instalarme aquí, porque vendrían los soldados y todo terminaría muy mal. Así que es mejor esperar. ¿No le parece?

—Quizá podríamos arreglar las cosas de modo que usted no tuviese que esperar demasiado, Morales.

—Cien mil dólares no solucionan gran cosa —murmuró.

—Los cien mil dólares son solamente para usted.

—¿A cambio de qué?

—De aceptar determinadas instrucciones.

—¿Quiere decir… obedecer órdenes?

—No pretenderemos darle órdenes. Morales. Sólo instrucciones para que su revolución pueda triunfar en muy poco tiempo. También podemos facilitarle armas. Ahora bien, usted puede rechazar ambas cosas y entonces mi servicio buscará a otra persona que no rechace una buena oportunidad.

—¡Bah! En Andina no encontrarán a nadie más que yo dispuesto a secundar unos planes como los que estoy presintiendo… ¿Y cuál es su servicio, Navarro?

—Eso no viene al caso. Lo único que importa, por el momento, es esto: cien mil dólares para usted, armas para abastecer a más de tres mil hombres y unas instrucciones digamos… tácticas que le facilitarían mucho un triunfo inteligente de su revolución.

—¿Es usted ruso? —entornó los ojos Morales.

Brian apretó los labios, y Morales comprendió. Asintió con la cabeza, pensativo.

—Está bien… ¿Qué es exactamente lo que usted tiene que decirme, Navarro?

—Como usted debe saber, se va a proceder a la explotación petrolífera de Andina —dijo fríamente Brian, con voz sin inflexiones —. Los Estados Unidos han firmado un acuerdo con Héctor Carranza, y le están enviando cinco toneladas de oro a cambio de ciertas concesiones petrolíferas. Cuando Carranza reciba ese oro y los yanquis empiecen a intervenir a su modo solapado de siempre en Andina, todas las oportunidades habrán terminado para usted.

—¿Es una broma? —susurró.

—No.

—¡No sabía eso!

—Nosotros sí. Y hemos pensado que la espera ha sido ya demasiado larga. Podemos apoyarnos mutuamente, Morales.

Éste se pasó una mano por la bocaza y permaneció pensativo más de dos minutos. Por fin, miró a su mujer.

—Tráenos algo para beber. Y el señor Navarro se va a quedar a almorzar —miró a Brian—. ¿Sí?

—Estaré encantado.

—¿Cómo sé que no pretende engañarme?

—No diga estupideces —gruñó Brian.

—¿Y las armas? —preguntó de pronto Lorenzo.

—Existía ese problema hasta hace unos minutos. ¿Cuánto tardarán en volver los propietarios de la hacienda?

—Por lo menos un mes todavía; están viajando por Europa —dijo Pedro.

—¿Y los peones son de absoluta confianza?

—Sin la menor duda.

—Bien. ¿Cuánto tardará en concentrar aquí a todos los hombres que le siguen, Morales?

—¿Hacerlos venir a todos aquí? ¿A la hacienda? ¡Eso es una locura! Los soldados…

—No me diga que sus hombres no saben desplazarse sin ser vistos por los soldados —masculló Brian.

—Sí saben —sonrió Lorenzo—. Pero no veo la necesidad de que se concentren todos aquí.

—Le voy a convencer de lo contrario. Dentro de una semana, aproximadamente, nosotros podemos dejar caer las cajas con las armas y municiones, con paracaídas, en un radio de un kilómetro alrededor de la hacienda. Afinando mucho, podrían caer en los cafetales. Si sus hombres están todos reunidos, sólo tienen que hacerse cargo de las armas, y seguir las instrucciones de usted para avanzar hacia Ciudad Andina. Instrucciones que usted habrá recibido de nosotros. Y si por una vez es capaz de aceptar los conocimientos tácticos de otras personas, al mediodía siguiente, usted podría estar sentado en el despacho que ahora ocupa Héctor Carranza. Entonces, le pasaríamos la factura.

—¿Qué factura? —Se sobresaltó Lorenzo Morales.

—No pensará que todo esto lo estamos haciendo en beneficio exclusivo de usted, ¿verdad? —Lo miró irónicamente Brian.

—No… Ya supongo que no. ¿Qué pedirán?

—Lo que pidamos usted podrá pagarlo. Otra cosa: voy a necesitar una docena de hombres de usted. Los mejores de entre los que reúnan las siguientes cualidades: saber pilotar una lancha, disparar con un arma especial estando en movimiento, tener la boca cerrada y no tener miedo a nada. Y digo a «nada».

—Tengo esos hombres. ¿Para qué los quiere?

—Si el golpe de usted falla, esos hombres y yo tendremos que hacer algo especial.

—¿Quiere decir que a pesar de las instrucciones que reciba de ustedes, algo puede salir mal?

—Nadie es infalible. ¿O quizá usted sí?

—No —admitió Morales.

—Nosotros lo hemos estudiado todo bien, pero siempre puede haber un fallo. Si eso ocurre, usted tendrá que arreglárselas para ponerse a salvo, mientras sus hombres y yo realizamos la otra parte del plan: apoderarnos de las cinco toneladas de oro. Con el oro en nuestro poder, podríamos negociar la libertad de usted o de sus hombres que fuesen hechos prisioneros. El golpe habría fracasado, pero salvaríamos lo que se pudiese. Como ve, está previsto todo.

—¿Y si yo no tengo ningún contratiempo? —sonrió Lorenzo—. ¿Qué pasaría con ese oro?

—Son ciento sesenta millones de dólares. Mi servicio no tendría ningún inconveniente en desprenderse de un diez por ciento, que pondría a su disposición en un Banco de Suiza o de Brasil, a su elección. El resto sería puesto a su disposición oficialmente, para que, bajo ciertas directrices de mis superiores, usted, como presidente de Andina, iniciase una nueva etapa en la vida social y política del país.

—¡Es una magnífica oferta, Lorenzo! —exclamó Pedro—. ¡Nunca encontraríamos nada mejor!

—Seguiremos hablando mientras comemos —dijo—. Y luego, después de la siesta.

—Yo no tengo tiempo para siestas —aseguró Brian.

—Debe tenerlo, señor Navarro. Y le diré por qué: mientras comemos, yo haré muchas preguntas. Después de comer, me

acostaré… y cuando despierte, descansado y satisfecho, podré pensar en todo lo que hemos hablado y tomar una decisión.

—¿Y qué hago yo mientras tanto?

—Puede dormir la siesta, también —rió Lorenzo—. Aunque si lo desea, puede pasear por el cafetal.

—Creo que prefiero la siesta. Así, yo también podré pensar.

—Pensar… ¿en qué?

—En cómo va a terminar esta entrevista si usted toma la errónea decisión de no aceptar mi oferta.

—Ése es un problema que todavía no se ha presentado, señor Navarro —sonrió Morales.

No se presentó.

A las seis de la tarde, Carlos Navarro subía a su coche, sólo ahora, tras estrechar la mano grande y fortísima de Lorenzo Morales. Naturalmente, Evelio le había devuelto su pistola, así que Brian estaba de nuevo preparado para afrontar cualquier dificultad.

Lorenzo se acodó en la ventanilla cuando Brian se hubo acomodado ante el volante.

—¿Cuándo entregará el dinero a Nemesio?

—No puedo asegurarlo. Quizá esta noche, quizá mañana… Pero se lo entregaré, usted se enterará de eso, Lorenzo. Respecto a las instrucciones, también se las enviaré por Gálvez si yo no pudiese desplazarme aquí. Tenga en cuenta que los de la CIA deben andar con los ojos muy abiertos estos días.

—Cierto. Bueno, parece que la siesta nos ha sentado bien a todos, y que las cosas están claras, señor Navarro.

Brian sonrió irónicamente.

—¿Eso quiere decir que confía plenamente en mí?

—Cuando tenga los cien mil dólares en mi poder y sepa que usted ha hablado con Anselmo Robles, estaré completamente seguro. ¿Cuándo verá a Robles?

—No me presione —gruñó Brian—; ya le he dicho que tenemos que andar con pies de plomo. Además, sea cuando sea que yo hable con Robles, usted lo sabrá, ¿no es así?

—Sí. —Lorenzo frunció el ceño—. Hace mucho tiempo que intenté negociar con Robles, pero siempre se ha negado a que hagamos juntos cualquier cosa. La impresión que tengo es que me desprecia. Y por supuesto, él también quiere ocupar la presidencia,

así que no comprendo que esté dispuesto a ayudarme.

—Él creerá que se está ayudando a sí mismo.

—Ya, ya. Pero… ¿qué pasará si luego pretende ser él quien ocupe la casa presidencial? Porque usted va a prometerle eso, ¿no?

—Sí. —Brian reflexionó unos segundos—. Pero a nosotros no nos interesa un hombre como Anselmo Robles en la Casa Presidencial. Preferimos un hombre como usted.

—¿Por qué?

—Consideramos —deslizó fríamente Brian— que usted será más… obediente a nuestras directrices políticas y sociales en Andina.

—¿Porque soy más tonto que él? —entornó los ojos Lorenzo.

—No. Ni mucho menos pensamos eso. Lo que sí pensamos es que usted piensa más en su propio beneficio que Anselmo Robles. Es decir, que quizá él, en determinado momento, tuviese… algún gesto romántico con su pueblo, y discutiese algunas de nuestras sugerencias. En cambio, a usted sólo le interesa el dinero para sí mismo, por mucho que diga que piensa en los pobres. Usted quiere su triunfo y su riqueza personal, Lorenzo. Y siempre que se trate de dinero, nosotros podremos contentarlo. Piense en ese diez por ciento de las cinco toneladas de oro, por ejemplo. Es un buen punto de partida, ¿no le parece? En cambio, Anselmo Robles ya es rico en dinero, y quizá sus ambiciones vayan por otros derroteros. No nos interesa.

—Lo tienen todo muy bien estudiado, ¿verdad?

—Espero que eso no le sorprenda.

—No. Me gusta.

—Entonces, todo irá bien. Tendrá usted una hacienda mejor que ésta, ya sea aquí mismo, o en el lugar del mundo que prefiera… Adiós, Lorenzo.

—Adiós…

Conduciendo su coche alquilado, Brian Talbot abandonó la hacienda. El regreso no tenía ninguna complicación: sólo debía asegurarse de que, tomase la carretera que tomase, las montañas estuviesen siempre a su espalda, Eso aparte de que, por supuesto, en el viaje de ida se había interesado por el camino que seguían.

Tardó todavía diez minutos en darse cuenta de que le seguía un coche. Lo primero que pensó fue que Lorenzo Morales ponía ya tras

sus pasos a alguno de sus hombres. Luego desechó la idea, pensando que Morales no tenía necesidad de enviar a nadie tras él directamente: bastaba que le estuviesen esperando en Ciudad Andina, donde, desde el mismo momento de su llegada, Gálvez y los hombres de que disponía podían tenerla bajo control.

Así, Brian Talbot se vio obligado a pensar en los rusos. Por la conversación sostenida con Morales después de la siesta, y durante la comida, había comprendido que los rusos no habían hecho contacto con él hasta entonces. Pero el hecho de que lo tuviesen vigilado no resultaba en modo alguno sorprendente. Y si eran los rusos los que estaban ahora tras él, las cosas se iban a complicar. Vigilando a Morales, le habían detectado a él.

«No interesa», pensó.

Condujo durante unos quince kilómetros más hasta encontrar el lugar que le convenía para sus propósitos. Había un camino a la izquierda, que parecía dirigirse hacia un bosquecillo. Se metió por él, y poco después comprendió que se había equivocado. Con toda lógica, el camino no conducía hacia el bosquecillo, sino que pasaba por delante, hacia un pueblecito que se divisaba a cosa de un kilómetro. Tanto mejor.

Al llegar delante del bosquecillo, giró a la izquierda, y se metió por entre los árboles, rozando el coche contra un par de ellos. Rodeó un gran arbusto, frenó y paró el motor. Inmediatamente se apeó y se alejó a toda prisa del coche, regresando hacia el camino, y viendo ya el otro coche por entre los árboles. Se detuvo tras unos arbustos y esperó.

El otro coche pasó por delante del lugar donde él había abandonado el camino, y se detuvo en seco unos metros más allá. Brian comprendió que el conductor había visto las rodadas de sus neumáticos hacia el interior del bosquecillo. Durante unos segundos, el coche estuvo detenido, rodeado de polvo que se iba posando… El hombre que lo conducía estaba vacilando. Por fin, se abrió la portezuela, y el conductor se apeó.

A unos cuarenta metros de él, escondido tras el arbusto, Brian apenas pudo contener una exclamación de sorpresa y sobresalto: el hombre era de raza china. La siguiente primera idea clara que tuvo Brian fue que también los chinos estaban vigilando a Morales. Y ahora, claro está, querían saber quién era él.

El chino dejó de vacilar, y se adentró en el bosquecillo. La experta mirada de Brian Talbot descubrió el revelador abultamiento de la pistola en su sobaco izquierdo. Mientras caminaba sigilosamente, tuvo que ver el coche de Brian. Se quedó clavado al suelo, dio de pronto media vuelta y echó a correr hacia su vehículo.

Brian apareció junto al matorral, alzando la pistola.

—¡Alto! —gritó.

El chino volvió la cabeza, sin dejar de correr. Brian vio sus negros ojos, muy abiertos, y la boca, crispada… El chino no pensaba detenerse, desde luego.

Brian apuntó un instante y disparó.

Plop, chascó la pistola.

A unos quince metros, el chino lanzó un grito, saltó en el aire y cayó de bruces un par de metros más allá, revolviéndose en el suelo en seguida y poniéndose de nuevo en pie, con una mano sobre el punto de la pantorrilla donde había penetrado la bala disparada por el norteamericano. Continuó corriendo.

Brian lanzó una maldición, alzó de nuevo la pistola y disparó por segunda vez.

El chino emitió un alarido, alzó los brazos mientras su cuerpo se curvaba fuertemente hacia atrás, y cayó de bruces. Ya no se movió. Brian quedó lívido, mirándolo.

—¡La señora que te trajo al mundo! —jadeó.

Se acercó rápidamente al chino, pero sin abandonar las precauciones. Tardó muy poco en comprender que eran innecesarias… Al llegar junto al chino, éste tenía los brazos hacia delante, crispados en la tierra y la hojarasca; no era una postura muy adecuada para empuñar con rapidez la pistola, desde luego. Le pasó un pie bajo un costado y le hizo dar la vuelta. El cadáver cedió blandamente y quedó boca arriba. Brian se quedó mirando los ojos muy abiertos del asiático, mordiéndose los labios, todavía lívido. ¿Qué clase de idiota era aquél que le había obligado a disparar por dos veces?

Se arrodilló a su lado y le puso dos dedos en la yugular; pero sabía ya que estaba muerto. Metió la mano hacia el sobaco izquierdo y, en efecto, allá llevaba una pistola.

Brian se puso en pie y se pasó una mano por la boca. Estaba preocupado y, sobre todo, disgustado. De pronto, miró hacia el

camino y respingó. Echó a correr hacia el coche, guardando la pistola. Un minuto después el coche del chino estaba junto al suyo, tras los matorrales. Regresó junto al chino, lo asió por la ropa de la pechera y lo alzó, transportándolo oscilando junto a los coches, dejando un rastro de gruesas gotas de sangre que eran inmediatamente absorbidas por la tierra.

Lo dejó de nuevo en el suelo y buscó en sus bolsillos. Pañuelo, una llave, encendedor, cigarrillos, dinero andino, billetes por valor de algo más de cien dólares USA… y un permiso de conducir, norteamericano, a nombre de Richard Liang. Al ver esto último, Brian quedó como alucinado. Luego, volvió a palidecer, y se dejó caer sentado en el suelo. Estaba demudado. Permaneció así no menos de tres minutos, mirando el crispado rostro del chino.

Por fin, con un suspiro de cansancio, de fatiga infinita, se puso en pie y entró en el coche de Richard Liang. En la guantera encontró la pequeña radio de bolsillo. La accionó, pero no obtuvo respuesta alguna.

—Puercos —jadeó—. ¡Puercos, puercos, puercos!

Se guardó la radio, regresó a su coche, y se alejó de allí. Le ardía la cabeza y sentía una furia terrible…

Cuando llegó a Andina, era ya de noche. Se fue directo a la casa donde Germán había dejado todo el material, recogió allí la maleta que contenía el dinero y descendió por la Avenida de la Colina, vigilante, muy atento, pero no vio nada que pudiese inquietarle.

Eran más de las diez cuando detenía el coche delante del hotel *Miramar*. Antes de apearse miró a todos lados, para acabar sonriendo secamente al mirar uno de los coches estacionado cerca del hotel. Entonces se apeó, sacó la maleta y se fue directo hacia aquel coche. Se asomó por la ventanilla y sonrió al ver la expresión de alerta, de susto incluso, de los dos hombres que había en el asiento delantero y que se apresuraron a mostrar bien sus manos; uno las colocó sobre el salpicadero y el otro sobre el volante. Eran dos de los desgraciados que le habían amenazado la noche anterior al salir de *El Cóndor*.

—¿Cómo va eso? —saludó.

—Bien —murmuró el del volante—. Muy bien, señor Navarro.

—Me alegro. ¿Y el otro?

—Tiene la cabeza rota por detrás; está en una clínica.

—Lo siento. Supongo que tienen orden de pasarse la noche aquí, vigilando si salgo del hotel y tonterías de ésas.

—Sí, señor.

—Bueno. —Brian abrió la puerta izquierda de atrás y tiró la maleta sobre el asiento—. Les sugiero que lleven esta maleta inmediatamente a Nemesio Gálvez, para que él la haga llegar cuanto antes a Lorenzo. Y les voy a pedir un favor y a hacerles uno yo a ustedes. Ustedes háganme a mí el favor de ser más discretos. El favor que yo les hago a ustedes es decir que esta noche no pienso salir, así que pueden ahorrarse la molestia de vigilarme. Buenas noches.

CAPÍTULO VI

Anselmo Robles no sólo estaba estupefacto, sino que comenzaba a arrepentirse seriamente de haber recibido a aquel hombre, que a fin de cuentas, para él era un desconocido. A su juicio, el tal Carlos Navarro debía estar loco, pero Robles decidió tomárselo con benevolencia.

—Es una broma, naturalmente, señor Navarro.

—Claro que no, señor Robles. Veinticinco mil pesos al mes no me parece ninguna desproporción para un buen perito agrónomo como yo, recién llegado de España.

—Bueno —sonrió Robles—, yo agradezco mucho su oferta, señor Navarro, pero ya tengo empleados adecuados que no cobran más que la tercera parte de la cantidad que usted pide. A usted le parecerá poco, pero ésos son los sueldos por aquí. Por otra parte, ya le he dicho que no necesito más empleados en mis tierras. Espero que no lo tome a mal.

—Claro que no. Cada uno debe mirar por sus intereses. Lo único que sentiría es haberle molestado.

—De ninguna manera.

—Bien…

La puerta del despacho se abrió, y apareció Lucía Robles. Carlos Navarro la había visto e identificado en el acto unos minutos antes, cuando entró en la quinta. La había visto a pleno sol, en bañador de dos piezas, junto a la piscina, mostrando su espléndido cuerpo moreno y palpitante. Se habían mirado fijamente un instante, él con indiferencia, ella con una curiosidad que hizo relampaguear como fuego sus oscuros ojos.

—Papá —entró diciendo Lucía—, he pensado… ¡Oh, perdón!

Brian-Carlos se puso en pie rápidamente, mirando las

deslumbrantes piernas morenas de Lucía, que entraba anudándose el cinto del cortísimo albornoz.

—No sabía que tenías visita… —Ella mentía con todo aplomo—. Sólo quería decirte que pasaré el día fuera. Me aburren esos tontos amigos míos, así que me voy a navegar un poco con mi lancha *Coral*. Está ahora en el embarcadero de yates. La prepararé y saldré a la mar. No volveré hasta la noche.

—De acuerdo, de acuerdo… ¿Necesitas algo?

—No, no. Voy a vestirme y me marcho. Adiós, señor.

—Navarro —musitó Brian—. Carlos Navarro, a sus pies.

Lucía sonrió, entornando los párpados.

—Muy amable. Ya no les molesto más. Adiós.

Lucía salió del despacho y Carlos Navarro se volvió hacia Anselmo Robles.

—Si cambiase de opinión…

—No lo creo. Y voy a permitirme darle un buen consejo: si pide usted ese sueldo, dudo mucho que encuentre trabajo por aquí.

—Lo tendré en cuenta. Muchas gracias por todo, señor Robles.

Brian abandonó la casa de los Robles en Ciudad Andina, y poco después se alejaba, al volante de su coche. Por el retrovisor vio el de los amigos de Gálvez, siguiéndole. Pero aún vio más: detrás del coche de los amigos de Gálvez, iba otro coche, y se preguntó si los amigos de Gálvez se darían cuenta de ello.

—Esta vez sí tienen que ser los rusos —pensó—. Deben estar controlando a Anselmo Robles, para protegerlo, más que nada. Y, naturalmente, querrán saber quién soy yo.

Para asegurarse de que la persecución no era una fantasía, se dedicó a dar vueltas por la ciudad. No, no era una fantasía. A mediodía, entró en un elegante restaurante y ocupó una mesa junto al gran ventanal. Vio el coche de los amigos de Gálvez, y más allá el otro.

Brian encargó su almuerzo, sin perder de vista al otro coche. Vio salir a un hombre que entró en una cafetería cercana, y salió cinco minutos más tarde. Naturalmente, había telefoneado a Robles, así que sabía ya que él era Carlos Navarro, perito agrónomo recién llegado de España en busca de amplios horizontes y fortuna. Como el coche permaneció donde estaba, Brian comprendió que los dos rusos que iban en él no pensaban perderlo de vista. Muy bien.

Fue al teléfono del restaurante y llamó a Gálvez.

—Gálvez, soy Navarro; tengo a dos tipos de la CIA tras mis talones, así que necesito libertad de movimiento para despistarlos. Quiero que sus amigos dejen de seguirme. ¿Está claro?

— …

—Exacto. No quiero complicaciones. Y ahora, escuche esto: esta mañana he hecho contacto con Robles, y parece que el asunto le interesa, de modo que nos apoyará. ¿Entendido?

—…

—Bien. Volveré a llamarle cuando sea oportuno.

Regresó a la mesa. Después del almuerzo, pidió café y sólo entonces vio aparecer a las dos mujeres en la calle. Una de ellas era *la Luján*, así que Brian comprendió. En efecto, las dos mujeres entraron en el coche de los amigos de Gálvez, y sólo diez segundos más tarde, el vehículo se alejaba. Perfecto.

Terminó el café, pagó la cuenta y salió a la calle encendiendo un cigarrillo, y preguntándose qué pasaría si fuese al embarcadero de yates en busca de la lancha *Coral*. Le pareció que aquello sería precipitar los acontecimientos, así que se atuvo a su plan con respecto a los dos rusos del coche.

Poco después, Carlos Navarro salía de la ciudad, y en un camino tranquilo y solitario, se dispuso a dormir la siesta, sonriendo al pensar en la cara que pondrían los rusos. Cuando despertó, desde luego, seguía bajo su vigilancia… Y no sólo eso, sino que cuando emprendió el regreso a la ciudad, comprobó que otro coche había entrado en el juego, siguiendo a los rusos.

—Quizá estoy complicando demasiado las cosas —se dijo.

En la ciudad, volvió a desconcertar sin duda alguna a sus seguidores, al entrar en un cine, cuyo programa vio completo. Cuando salió, dio otro paseo por la ciudad, sin prisas… Finalmente, entró en un *snack*, donde tomó un par de bocadillos con cerveza Estaban librando una guerra de nervios y él no pensaba perderla.

A las ocho y media, ya de noche, llegó el momento esperado por Brian Talbot. Salió del *snack*, se metió en su coche, y volvió a conducir hacia fuera de la ciudad. Detrás de él, los rusos; detrás de éstos, el coche desconocido.

Rodaban por la autopista del Mar, paralelamente a éste. Brian había tenido tiempo sobrado para pensar y decidir lo que tenía que

hacer. Sólo faltaba encontrar el lugar adecuado.

Lo encontró a unos tres kilómetros de la ciudad. A su derecha, al límite del arcén, el terreno descendía suavemente hacia la playa; un poco más allá, la bajada tenía todavía más pendiente, quizá unos veinte grados.

Ya no esperó más.

Tras una última mirada por el retrovisor, para ver las luces del coche de los rusos, giró bruscamente hacia la izquierda, encontrándose en un instante de cara al coche de los rusos. Dio todo el gas y salió disparado hacia el vehículo de los soviéticos, que aminoró la velocidad, casi deteniéndose. Sujetándose fuertemente al volante, Brian esbozó una sonrisita al imaginarse el espanto de los agentes de la MVD viendo acercarse su coche ganando velocidad.

Hicieron lo que él esperaba que hiciesen, sin tiempo para otra cosa: se echaron hacia la derecha, esto es, hacia el arcén, en su intento de evitar el choque. Y ahí los quería Brian. Su coche llegó a la altura del otro, y justo en ese instante movió el volante hacia la derecha, como queriendo regresar al lado de la calzada que le correspondía de acuerdo a su actual dirección de marcha. Se oyó el fuerte rechinar de los neumáticos de atrás al derrapar el coche, con cuya parte trasera golpeó el de los rusos…

Crujido de chapa metálica, rechinar de frenos, chispas sobre el asfalto… El coche de los rusos rebasó el límite del arcén, a su derecha, y comenzó un agitado descenso hacia la playa, iluminando sus luces el mar. Tres segundos más tarde, mientras Brian seguía en dirección a Ciudad Andina, el coche de los rusos quedaba hundido en la arena, rugiendo fuertemente el motor, girando las ruedas de atrás, lanzando arena como miles de diminutas balas.

Mientras tanto, Brian reducía la velocidad al acercarse al coche que había estado siguiendo a él y a los rusos. Esta vez no recurrió al mismo truco. Simplemente, aprovechando que el otro coche se había detenido, casi detuvo él el suyo también, sacó la pistola por la ventanilla y disparó.

Su disparo fue silencioso. El neumático delantero izquierdo del otro coche reventó con seco estampido, mientras Brian veía la silueta de un hombre en el momento de encogerse, desapareciendo de la línea de tiro, hacia el fondo de los asientos.

Ya sin más, emprendió el regreso a Ciudad Andina.

Desde un bar, llamó por teléfono al *Hotel Miramar*, para advertir que estaría fuera dos o tres días, pero que conservaba la habitación.

Así pues, todo perfecto. Finalmente, llegó a la casa de la colina. Debían ser las doce cuando se durmió.

* * *

Treinta y cuatro horas más tarde, es decir, a las diez de la mañana de dos fechas después, Gálvez acudió a la cita en un café llamado *Quanpa*. Brian tenía en su bolsillo, bien doblados, los papeles en los que había estado trabajando durante aquel tiempo.

Apenas sentarse, Gálvez dijo:

—Hemos estado preocupados por usted.

—Mal hecho. Sé arreglármelas solo. De todos modos, si bien conseguí despistar a los americanos, no me parece prudente volver por la casa de Robles. Pero como necesito entrar en contacto con él, y desde luego no por teléfono, le voy a necesitar. ¿Lo tiene controlado a usted la CIA?

—No.

—Formidable. He sido informado de que las armas llegarán en un plazo máximo de tres días, así que avise a Lorenzo para que vaya concentrando a sus hombres de las montañas en el cafetal. Las siguientes instrucciones se las iré dando en el momento oportuno. Y dígale también a Lorenzo que necesito ya a los doce hombres que le pedí. Tenga —sacó de un bolsillo interior las cuartillas mecanografiadas, muy bien dobladas, y se las tendió—, éstas son las instrucciones militares. Y aquí, en esta cuartilla, he dibujado algo más o menos parecido a un plano, para que esos doce hombres encuentren la casa de la Colina. Pero que no entren en la casa. Que esperen fuera discretamente… Nadie debe reparar en que hay doce hombres en ese lugar. ¿Entendido?

—Claro.

—Bien. Hablemos de Robles, ahora. Está dispuesto a apoyarnos, ya que, tal como convinimos con Lorenzo, le he prometido colocarlo en la presidencia del país… lo cual no vamos a cumplir, por supuesto. Pero mientras tanto, hay que darle a él la impresión de que estamos jugando limpio, sin duda alguna. Tengo que comunicarme con Robles, y usted va a ayudarme.

—¿Yo? ¿Cómo? ¡Si lo está vigilando la CIA…!

—Eso fue previsto. Utilizaremos a su hija, la bella Lucía, de acuerdo a lo que convinimos Robles y yo. Yo no puedo vigilar la casa de los Robles, pues me verían, así que lo hará usted, que no está controlado por la CIA. Lucía se comportará siempre normalmente, pero en determinado momento, irá a un lugar donde haya mucha gente de ambos sexos. Cuando ella entre en un lugar así, usted llama a su bar, donde uno de sus hombres estará todo el tiempo junto al teléfono, y le dice dónde está Lucía. Yo iré llamando cada quince minutos, desde distintos sitios, hasta que su hombre me diga dónde está Lucía… ¿Lo ha entendido?

—Hombre, claro.

—Bien. Cuando yo haga contacto con Lucía, no nos pierda de vista. Si usted ve que me doy un tironcito en la oreja izquierda, así, quiere decir que Anselmo Robles se ha asustado y que no podemos contar con él; si, en cambio, me tiro de la oreja derecha, querrá decir que Robles ha aceptado definitivamente, en cuyo caso, avise a Lorenzo para que lo tenga todo preparado para cualquier momento… ¿Le habló Lorenzo de las cinco toneladas de oro?

—Sí, sí…

—Llegarán el domingo, día veintisiete. Si todo sale bien, Lorenzo tendrá ese oro fácilmente. Si algo saliese mal, esos doce hombres y yo tendríamos que apoderarnos del oro, para utilizarlo como pago del rescate de Lorenzo y demás prisioneros. Eso quiere decir que entre el posible fallo y la llegada del oro debe mediar el menos tiempo posible. Lo cual significa que la revuelta deberá producirse como momento óptimo el sábado por la noche. Por eso, mis superiores han calculado que el momento también óptimo para lanzar las armas sobre el cafetal desde unos aviones, es la noche del sábado. Nada de riesgos anteriores.

—Parece que todo puede salir bien, ¿verdad? —musitó Gálvez.

—Si nadie hace ninguna tontería, como sería prescindir de mis completas instrucciones, saldrá bien. Ahora, envíe esas instrucciones a Lorenzo, y salúdele de mi parte. —Brian guiñó un ojo—. Y que saluden también a su mujer.

Nemesio Gálvez lanzó una carcajada y abandonó el café llamado *Quanpa.*

* * *

Sentada en una de las mesas al fondo de la cafetería *Siglo XX*, Lucía Robles alzó la cabeza cuando alguien proyectó su sombra sobre la mesa. Al ver a aquella persona, Lucía sonrió, estirando sus labios rojos y frescos, juegos como fruta.

—Perdone —sonrió Carlos Navarro—. No quisiera equivocarme, pero…

—No se equivoca usted, señor Navarro. Soy la hija de Anselmo Robles, desde luego.

—La verdad es que estaba seguro, pero no quería molestarla.

—No me molesta. Estoy esperando a alguien, pero ya empiezo a sentirme fastidiada. Siéntese, señor Navarro.

Brian lo hizo, de espaldas en lo posible a Gálvez, que estaba ante la barra, esperando la señal, buena o mala.

—Gracias. ¿Se divirtió en su paseo en la lancha el otro día?

—Menos de lo que esperaba. Al parecer, usted no comprendió que toda aquella información sobre lo que pensaba hacer, no iba destinada a mi padre, sino a usted.

Brian simuló quedar estupefacto, unos segundos.

—Bien —murmuró—. A mí me encanta navegar. Y quizá todavía estemos a tiempo, señorita Robles.

—Llámeme Lucía… Y precisamente, estaba pensando que ya que ese estúpido no viene, podría quitarme el mal humor dando un paseo por el mar. Lo hago con frecuencia.

—No quiero parecer presuntuoso. —Brian se dio un tironcito en la oreja derecha—, pero…, ¿debo considerarme invitado?

—Si realmente lo desea, sí —sonrió ella.

—Me considero afortunado por haber entrado en este lugar.

—Muy amable… ¿Puede esperar un minuto? Voy a llamar a mi padre para decirle que esta noche seguramente no iré por casa. No hay por qué tenerlo intranquilo, ¿verdad?

—Claro que no.

Lucía fue a telefonear y Brian miró a Gálvez…, que ya no estaba allí. Perfecto una vez más. Gálvez le había visto darse un tironcito en la oreja derecha, y se había marchado en seguida, con el convencimiento de que todo iba bien. Por lo tanto, prácticamente no tenía objeto seguir jugando con Lucía Robles. Pero…, ¿cómo

saber si no era ella la que estaba tramando algo que él debía saber so pena de cometer algún fallo?

Lucía regresó y Brian se puso en pie.

—Tengo el coche ahí fuera —dijo Lucía—. No es que el embarcadero esté lejos, pero al regresar es siempre cómodo disponer de coche, ¿no te parece?

—Desde luego —sonrió Carlos Navarro.

Salieron del *Siglo XX*, subieron al coche, y la propia Lucía lo condujo hasta el embarcadero. La lancha *Coral* estaba pintada de color rojo y relucía al sol de la tarde.

—Parece muy veloz —comentó.

—Más que navegar, vuela —rió Lucía—. Pasemos adentro.

Dentro hacía calor, debido a que la lancha había estado todo el día bajo el sol, así que Lucía decidió ponerse más fresca… Brian la contempló segundos después en bikini, que ella ya llevaba puesto bajo el vestido, que quedó tirado a un lado.

—¿Tú no tienes calor?

—Si vamos a estar en cubierta conduciendo la lancha…

—Oh, eso será luego… ¿Tienes prisa por algo?

—No.

Brian se quitó la chaqueta y captó la sorprendida mirada de Lucía hacia su pistola enfundada en la axila. Se desprendió de la funda y la dejó sobre la chaqueta. Lucía se acercó a él y le echó los brazos al cuello.

—Me gustaste desde el primer momento que te vi… —susurró.

Brian Talbot cerró un instante los ojos. Pero… estaban jugando el juego.

* * *

—¿Quieres que bebamos algo? —propuso ella, sonriendo—. Siempre llevo champaña en el refrigerador.

—Preferiría beber en alta mar. Tengo ganas de navegar.

Se dirigió hacia donde estaba la pistola y la chaqueta. Tomó la funda…

—Pues iremos mar adentro —dijo Lucía—. ¿Me la dejas ver?

Brian miró la pistola, como sorprendido. Luego, la puso en manos de Lucía… Inmediatamente, ésta corrió hacia la doble

escotilla y desde allí apuntó a Brian al pecho.

—¡No te muevas! —Abrió la doble puerta, siempre mirando a Brian—. Y retrocede hasta el fondo.

Brian obedeció, en silencio. Segundos después, oía los golpes en la cubierta de la lancha, que se movió. Dos hombres entraron en la cabina. Uno de ellos tomó la pistola de la mano de Lucía.

—Vístase ya, señorita Robles. Y gracias. Zarparemos ahora.

—¿No les conozco a ustedes de algo? —preguntó Brian, con tono sarcástico—. Juraría que la última vez que los vi estaban navegando con un coche sobre un mar de arena. ¿Cómo fue el susto?

Los dos supuestos rusos, que ahora sin lugar a dudas podían ser identificados como tales, miraron fríamente a Brian. No parecían furiosos, ni irritados. Auténticos profesionales del espionaje. Lucía salió a cubierta y segundos después, la lancha zarpaba.

—Mi nombre técnico es Carlos Navarro. ¿Cuál es el suyo?

—Juan y José.

—Ya. ¿Conocían al tipo del otro coche?

—Sí. Es un tal Meléndez, del SSI de Andina… El Servicio de Seguridad Interior, ya sabe. Lo dejamos allá cambiando una rueda. Fue usted muy eficaz…, y ahora nos toca a nosotros. ¿Para qué le ha enviado aquí la CIA?

—Para descubrir cuál es el plan de ayuda de ustedes, los rusos, a Robles y Morales.

—¿Un plan…? Esa gente no nos interesa en lo más mínimo. Son sinvergüenzas que nunca dan buen resultado, a la larga. Nos referimos a Morales, claro.

—Pero quieren colocar a Robles en la presidencia, ¿no?

—Parece que usted ya ha descubierto eso… Bien, de todos modos, las cosas se han puesto difíciles, ya que esas cinco toneladas de oro que Washington está enviando a Héctor Carranza van a crear una situación de solidez en Andina para los norteamericanos. Sin embargo, aún faltan días para eso, así que al verlo a usted revoloteando por aquí, hemos quedado intrigados. Como ya habrá comprendido, la señorita Robles nos avisó de que usted la había encontrado «casualmente» en el *Siglo XX*, y ha sido tan amable de retenerle hasta nuestra llegada.

»Así que vamos a charlar. ¿Qué hace usted aquí, en Andina?

—Ya se lo he dicho.

—Ha dicho una mentira, y queremos la verdad. Queremos saber qué hace usted aquí y quién es su contacto de base.

—No sé más de lo que he dicho.

José se acercó a Brian alzando la pistola, pero, tal como esperaba Brian, no golpeó con ella, sino que le lanzó un terrible puntapié al abdomen. Aunque lo esperaba, le causó tal dolor pese haber tensado los músculos abdominales, que tras chocar de espaldas contra el ángulo de proa de la cabina, cayó de bruces al suelo, donde quedó inmóvil.

Quedó como desvanecido, pero estaba perfectamente consciente. Todo estaba saliendo bien. Sólo tenía que resistir hasta cierto límite.

Recibió tal puntapié en las costillas, que no pudo evitar un alarido. Cuando José le golpeaba de nuevo, giró, le asió el pie, y lo derribó de espaldas. Saltó inmediatamente sobre él…, pero recibió en los riñones el fortísimo golpe aplicado por Juan con la pistola. Al mismo tiempo, José golpeaba furiosamente en la nariz, tirándolo de lado, sangrando. Un puntapié lo dejó colocado de bruces.

Y ya no fingía, como al recibir el primer golpe. Esta vez se sentía como roto y paralizado a la vez, y un sudor frío comenzó a extenderse por su cuerpo.

—Cuidado con matarlo, José. Tiene algo que decir aún.

José lo puso boca arriba y se sentó sobre su vientre.

—Le voy a destrozar la cara a golpes de pistola —jadeó—. No lo repetiré, Navarro. ¿Me ha entendido? Le voy a hundir los pómulos, le haré pedazos la nariz, le desgarraré las mejillas y las orejas, y la boca…

—No —gritó Brian—. No, no…

—¿Quién es su contacto y dónde está?

—No sé… dónde está, ni sé su…, su nombre… Para mí, es…, es simplemente Roberto, y me…, me comunico con él… por medio de una radio de bolsillo…

—Mentira. No lleva encima ninguna radio, Navarro.

—La tengo…, la tengo en la casa donde…, donde se me dijo que podría esconderme si las cosas… iban mal… Estaba allí cuando Roberto me llamó y me dijo…, me dijo que Lucía Robles estaba en el *Siglo XX*, y que había llegado… el momento de insistir en el juego…

—¿Qué juego?

—No lo sé… ¡Le juro que eso no lo sé! ¡Sólo sé lo que yo tenía que hacer! Roberto me dijo que había… un hombre del SSI vigilando a Lucía Robles, así que yo tenía que actuar…

—No hemos visto a nadie que estuviese vigilando la lancha de la señorita Robles.

—¿Y qué quiere que yo le diga…? No sé quién era ese hombre, no sé nada… He hecho lo que me han ordenado, eso…, eso es todo.

Los dos rusos cambiaron una mirada. Juan salió de la cabina, hacia cubierta. Regresó un par de minutos más tarde, cuando la lancha había aumentado considerablemente su velocidad. José seguía sentado en el vientre de Brian, que había cerrado los ojos y respiraba con regularidad.

—Parece que en eso no ha mentido —murmuró Juan—. Con los prismáticos de la señorita Robles he visto una lancha que nos viene siguiendo. Deben ser del SSI. Pero no podrán alcanzarnos de ninguna manera, así que podemos seguir tranquilamente la conversación.

Brian abrió los ojos, respingando.

—¡No sé nada más! —gritó.

—Sí sabe algo más —dijo amablemente Juan—; sabe dónde está esa casa, ¿no?

—Sí… Claro, eso sí. He estado en ella estos días.

—¿Hay alguien más?

—No. Estaba a mi disposición únicamente, y sólo si la situación lo requería. De lo contrario, debía permanecer en el hotel.

—¿Qué hotel?

—El *Don Diego*.

—¿Allí no tenía contacto con nadie?

—Claro que no.

Quedaron en silencio. De pronto, Juan miró su reloj. Luego, volvió a salir a cubierta. Regresó cinco minutos más tarde. Brian estaba ahora tendido en una litera, manchado de sangre por todas partes. José, sentado en el borde de la otra, fumando, no le perdía de vista, sosteniendo la pistola con la mano derecha.

—Hemos dejado atrás la otra lancha —dijo—. Ahora, vamos a navegar hasta la noche, para regresar a Ciudad Andina, por el Norte. En cuanto lleguemos —miró a José—, irás a buscar un coche, y pasarás a recogernos a Navarro y a mí, para ir a esa casa los tres.

—¿Y la señorita Robles?

—Ella se irá a su casa. —Juan sonrió divertidísimo—. La he convencido de que deje para otra ocasión eso de arrancarle los cojones a Navarro.

—Es muy posible que el SSI, que ha visto la lancha, la moleste con preguntas —advirtió José.

—El SSI no hará nada de eso.

—¿Por qué? —se sorprendió José.

—Porque sería tanto como decirles claramente a los Robles que los están vigilando. Lo cual sería lo mismo que perder toda esperanza de atrapar a los Robles haciendo algo de lo que se les pudiese acusar con pruebas. En estas circunstancias aceptarán como mal menor lo sucedido, y seguirán vigilando a los Robles esperando que cometan ese desliz definitivo.

—Es razonable —admitió José—. No voy a buscar el coche que dejamos en el embarcadero, ¿verdad?

—No. Tendremos que utilizar el otro.

CAPÍTULO VII

Lucía Robles entró en la cabina y miró a Juan.

—Ya ha llegado —dijo.

Luego, miró a Brian, que continuaba tendido en la litera. Le habían permitido limpiarse la sangre de la cara, que afortunadamente, salvo la hinchazón de la nariz, había quedado en buen estado.

—Vamos, Navarro —dijo Juan.

Brian se sentó en la litera, se tocó cuidadosamente la nariz y de pronto miró a Lucía, que amenazó:

—Ya nos volveremos a ver tú y yo.

—¿Tanto te ha gustado mi trabajo de persuasión? —sonrió el espía norteamericano.

—Déjense de tonterías —gruñó Juan—. Nosotros nos vamos en seguida, señorita Robles. Usted, regrese al embarcadero… Salga delante de mí, Navarro. Muy despacio y con las manos cruzadas detrás de la nuca.

Salieron a cubierta. Ya era de noche, y salvo la luz de la cabina, donde habían permanecido, no se veía nada. Es decir, sí que veía el resplandor de las estrellas en algunas zonas. Brian comprendió que el cielo estaba cubierto de nubarrones en su mayor parte al no ver ni siquiera la luna, que estaba en su fase llena…

—¡Vamos, salte! —Oyó delante de él.

Miró hacia allí, pero sólo distinguió la silueta oscura de José y, por un momento, el brillo de su pistola. La lancha apenas se movía; debían estar varados en la playa. Saltó, y sus pies se hundieron en el agua, que alcanzó hasta sus rodillas, finalmente… Tras él oyó el chapoteo de Juan. Llegó a la playa, y pudo ver un poco mejor a José, que le apuntaba con la pistola. Juan se reunió con ellos.

—Hasta la vista, cerdo —llegó la voz de Lucía.

Brian se volvió, todavía con las manos tras la nuca, y se despidió.

—Así sea, zorrita.

Vio a José señalando con la pistola con gestos exigentes y siguió caminando, alejándose de la orilla del mar. El motor de la lancha rugió. Lo estuvieron oyendo hasta que llegaron a la carretera, donde estaba el coche. Brian se sentó en el asiento de atrás, con Juan, y José se puso al volante.

Tardaron diez minutos en alcanzar a ver el resplandor de las luces de Ciudad Andina.

—Por la Avenida de la Colina —dijo Juan.

José asintió. Llegaron a la ciudad y ascendieron por la Avenida de la Colina. Luego, siguiendo las indicaciones de Brian, llegaron finalmente cerca de la casa. José paró el motor y se hizo el silencio, hasta que Juan murmuró:

—Parece que no hay nadie, en efecto.

José se encogió de hombros. Ciertamente, la casa estaba a oscuras, y toda la apariencia era de soledad. Considerando que nadie tenía por qué saber que ellos, o Carlos Navarro solo, iban a llegar, la situación podía considerarse como verídica.

—Sigue. Y mete el coche en el jardín.

Poco después, el coche se detenía en el jardín, delante de la casa. El silencio y la sensación de soledad persistían. José apagó todas las luces del coche y paró el motor. El silencio fue aún más notable.

—La llave está en uno de los tiestos, junto a la entrada —dijo Brian.

—Está bien. Salgamos.

Brian se puso de nuevo las manos en la nuca y salió del coche cuando ya José le esperaba ante la portezuela, siempre apuntándole con su pistola. Juan salió también, y señaló hacia la casa… No habían dado ni siquiera tres pasos cuando, de pronto, como brotados de la tierra, apareció un grupo de hombres, como sombras, por todos los lados del jardín.

—¿Algo va mal, señor Navarro? —preguntó alguien.

Brian Talbot suspiró y bajó las manos, volviéndose hacia los rusos. En la difusa iluminación que llegaba de Ciudad Andina, vio

sus rostros como dos manchas increíblemente blancas. Hubo un rumor de matorrales, la docena de hombres se dejaron ver mejor y, sobre todo, se vio el brillo de las armas que apuntaban hacia el grupo formado por los tres espías.

—No lo sé —respondió Brian—; todo depende de lo que decidan hacer Juan y José en una situación como ésta. Pueden disparar para acribillarme, o pueden dejar caer sus armas, con lo que se asegurarían una supervivencia más o menos larga.

Durante unos segundos, la situación no cambió. Por fin, Juan, con claro juicio, dejó caer su pistola. José tenía peor genio, pero tanta inteligencia como su camarada, así que acabó por imitarle.

Brian se inclinó y recogió las dos pistolas.

—¿Saben una cosa? —dijo, ante ellos, con una pistola en cada mano—. No me ha gustado su modo de tratarme, cerdos americanos.

No les dio tiempo ni a sorprenderse. Con la pistola de la mano derecha golpeó a José en lo alto de la cabeza, fulminándolo sin sentido en el acto. Juan retrocedió un paso, abriendo la boca, pero Brian le golpeó en el estómago con la pistola de la mano izquierda, como lanzando una estocada. Juan resopló y se inclinó hacia adelante…, para recibir en la coronilla el golpe aplicado por Brian con la otra pistola.

—Tráiganlos a la casa. ¿Quién dirige este grupo?

Uno de los hombres de Lorenzo Morales se adelantó.

—Yo, señor. Me llamo Agapito.

—Pues felicidades, Agapito; lo han hecho muy bien. Se lo diré así a Lorenzo. ¿Ha habido alguna novedad por aquí?

—No, señor —brillaron los blancos dientes de Agapito—. Ninguna. Como ve, sabemos hacer las cosas, señor.

—Lo he visto perfectamente —sonrió Brian—. Gracias por su ayuda, muchachos. Ese par de agentes de la CIA me han hecho pasar un mal rato. Gracias a todos.

No le estaba fallando nada. Todo iba saliendo lentamente, pero con seguridad. Era como estar manejando las piezas de un rompecabezas cuyo dibujo final ya conocía sobradamente, así que no podía fallar. Pero…, ¿llegaría hasta el final?

Tomó la llave del tiesto donde la había dejado, abrió la puerta y encendió la luz. Entraron todos los hombres de Morales, cuatro de

ellos transportando a los desvanecidos rusos, por parejas: Los dejaron en el suelo del saloncito. Brian fue adonde había dejado el rollo de esparadrapo, y fue cortando tiras, con las que procedió a amordazar sólidamente y a atar a Juan y José de pies y manos. Incluso esto estaba previsto: el esparadrapo, para asegurarse de que si, en efecto, cazaba a los rusos, éstos no podrían decir ni una palabra que desconcertase a los hombres de Lorenzo Morales; para éstos, los dos hombres eran norteamericanos, y él seguía siendo un ruso que se hacía llamar Carlos Navarro y que estaba de su parte.

—Hay algo para beber por aquí —dijo—. Sírvanse lo que quieran. Pero mucho cuidado con emborracharse.

—Descuide, señor —sonrió de nuevo Agapito.

Brian fue al dormitorio donde tenía el material. Abrió la maleta y se quedó mirando su contenido. Cogió la radio de bolsillo que había pertenecido al chino Richard Liang, y la estuvo mirando pensativamente durante casi un minuto. La vez anterior que había llamado nadie había contestado, pero seguramente fue debido a que la radio no alcanzaba hasta Ciudad Andina. Ahora, prácticamente, estaba en Ciudad Andina, y había llegado el momento de volver a llamar. Sí: era el momento preciso, exacto.

Apretó el botón de llamada. A los tres segundos, oyó el sonido de amplitud, que significaba que alguien había admitido la llamada por aquel canal. Pero no se oyó voz alguna. Brian sonrió secamente, y acercó más la radio a su boca.

—Soy Liang… —jadeó—. Estoy…, estoy herido en…, en…

—¡Dick! ¿Dónde estás, qué ocurre? —La voz de Germán llegó nítidamente a oídos de Brian Talbot—. ¿Quién te ha herido? ¿Ha sido él?

—No… —contestó jadeando Brian, consiguiendo una voz irreconocible—. No ha sido él…

—¿Lo has perdido? ¿Ya no sabes dónde está? ¡Dinos dónde estás tú y pasaremos…!

Brian no quise oír más. Cerró la radio y se la guardó en un bolsillo. También se guardó la documentación de Richard Liang. Estaba tan pálido como si jamás hubiese tenido sangre en sus venas. Se pasó las manos por la cara y respingó al tocarse la hinchada nariz. Luego, se quedó mirando las manchas de sangre en la camisa… Por fortuna, no tenía la chaqueta puesta cuando le

golpearon, así que ésta se hallaba en buenas condiciones.

Cogió una de las bengalas y se la metió en el bolsillo exterior de la chaqueta. Cerró la maleta, volvió a ocultarla bajo la cama y regresó al saloncito, donde Agapito y su grupo estaban bebiendo alegremente. Los dos rusos continuaban sin sentido.

Brian repartió las pistolas de los rusos, se colocó la suya en la funda axilar, y movió la cabeza.

—No puedo ir por ahí con esta camisa —dijo—. Alguno de ustedes tendrá que prestarme la suya.

—Seguro que sí, señor —se adelantó Agapito; señaló a uno de sus compadres, de complexión parecida a Brian—. A ver tú, Manuel, dale tu camisa al señor Navarro.

—Pos claro que sí —aceptó en seguida Manuel.

Cuando se la tendió, Brian estuvo a punto de echarse hacia atrás, tal era el olor a sudor. Pero no era momento de andarse con remilgos. Se puso la sucia camisa, de nuevo la funda axilar y la chaqueta, y miró a Agapito.

—Ahora, todos se van a quedar en la casa —dijo—. Ya no tienen que salir de aquí para nada. Menos Agapito y otro que vendrán conmigo en el coche. Los demás, aquí, quietecitos, comiendo y bebiendo, y vigilándome a los americanos yanquis: nada más que quieran moverse más de la cuenta, les cortan el gaznate. ¿Está claro?

Nadie contestó, así que estaba clarísimo. Pero, desde la puerta, Brian todavía insistió:

—Nada de conversación con ellos, ni darles agua y cigarrillos… Tienen que seguir así hasta que nosotros volvamos dentro de un par de horas.

Un minuto más tarde, ya los tres en el coche, rodeaba la casa desde la parte de atrás, donde había estado el vehículo, y salía del jardín. Descendieron por la Avenida de la Colina hasta encontrar el desvío de la carretera que iba hacia el interior. Brian tomó esta dirección, y no tardaron en dejar atrás Ciudad Andina. Entonces, detuvo el coche a un lado de la carretera, se apeó, y, desde el centro de la carretera, lanzó la bengala hacia el encapotado cielo.

Cuando se disponía a sentarse de nuevo ante el volante, vio los rostros de Pepito y Agapito, juntos, asomados a la ventanilla de atrás, mirando hacia el cielo, desde el que llegaba la luz roja que

teñía sus facciones. En los negros ojos de los dos andinos parecían haber miles de rojas estrellas…

—¡Qué lindo! —exclamó Pepito, maravillado.

—¿Pos qué fiesta es hoy? —se interesó Agapito.

Brian sonrió, se sentó ante el volante y reanudó la marcha hacia el interior. La bengala se había extinguido ya.

Volvió a detenerse tres kilómetros más allá. Apagó las luces, paró el motor, y buscó cigarrillos en la guantera. Ya los tres fumando, Agapito preguntó:

—¿Qué hacemos aquí, señor Navarro?

—Estamos fumando —replicó Brian.

No hubo ninguna pregunta más.

Media hora más tarde, apareció el carro. Primero fue solo una lucecita que apareció como perforando dificultosamente la oscuridad. Al poco, Pepito dijo que era uno de los carros que de madrugada llevaban fruta a Ciudad Andina, que lo sabía por el farol de aceite que llevaba.

—Pero es muy pronto —protestó Agapito—. Son sólo las once y media o así, y esos carros llegan al mercado poco antes del amanecer.

No tuvieron que hacer muchas cábalas más. Brian lanzó un destello de luz hacia adelante. Luego, tres más, muy rápidos y breves. Finalmente, otro, más prolongado. El carro ya estaba más cerca. En el pescante brilló una llamita.

—Otro que fuma —dijo Pepito, riendo.

No eran muy listos, pero tampoco eran tontos, así que habían comprendido.

El carro llegó a su altura, al otro lado de la carretera, y se detuvo. Brian maniobró con el coche, hasta colocarlo detrás del carro. Dos hombres habían saltado del pescante. Uno de ellos se apartó, con Brian, hacia el campo, y se dedicaron a conversar, mientras el otro, ayudado por Agapito y Pepito, descargaban los dos paquetes envueltos en lona que tuvieron que sacar de debajo de cajas de fruta, y los colocaban en el portamaletas del coche.

—Bien —decía Germán, el introductor de Brian—, salvo que ocurra algo gravemente imprevisto, éste es el último contacto, Brian. Entiendo que todo está funcionando bien.

—Maravillosamente bien. ¿Y por su parte? ¿Han tenido alguna

contrariedad?

—No, ninguna. ¿Por qué?

—Me gusta estar al corriente, si hay dificultades.

—Si las hubiese, y fuesen importantes, me pondría en contacto con usted, como es natural —rechazó Germán.

—De acuerdo. Parece que todo está entendido, ¿no es así?

—Todo. Bueno… ¿Cómo se siente?

—La verdad es que muy bien. Quizá sea el clima… ¿Podría eso influir?

—No lo sé, pero le aseguro que los inyectables que le entregué sí influyen. ¿Se inyecta cada día?

—Es lo primero que hago. Ya me quedan pocos inyectables, pero supongo que no importa: no necesitaré ninguno más, a partir de pasado mañana.

—Lo siento.

—Nadie tiene la culpa de mi putrefacción orgánica, ¿verdad? —masculló Brian—. Y no me gusta que me compadezcan.

Se alejó de Germán sin tenderle la mano. Agapito y Pepito estaban de pie junto al coche, y al verlo llegar se apresuraron a meterse dentro. Brian se puso al volante y emprendió el regreso a Ciudad Andina.

A las doce y cuarto estaban de nuevo en la casa de la Colina. Para entonces, llovía torrencialmente. El coche parecía una caja de resonancia, y los limpiaparabrisas apenas tenían tiempo de aclarar la visión, a pesar de lo cual, Brian había mantenido un velocidad que tenía sin habla a Agapito y Pepito cuando, finalmente, el coche se detuvo ante la casa.

—Hay que entrar esos paquetes en la casa —dijo Brian.

Se apeó, entró en la casa y salió acompañado de dos hombres más. Pepito y Agapito salieron del coche, y entre los cuatro, entraron los paquetes. Brian cerró el capó, y volvió a entrar en la casa.

Los dos rusos, con los ojos muy abiertos, estaban mirando los dos paquetes envueltos en lona, pero desviaron la mirada hacia Brian, que los señaló.

—Métalos en el asiento de atrás del coche y tápenlos con una manta. Encontrarán mantas en alguno de los dormitorios.

Cinco minutos más tarde, esta operación estaba realizada, y

todos los hombres estaban rodeando a Brian, que, arrodillado en el suelo, procedía a desatar los fardos. El primero de ellos contenía las granadas. Parecían de mortero, pero Brian los desengañó en seguida a todos.

—Son granadas de gas. Muy especiales. Si mañana por la noche todo sale bien, nosotros no tendremos que utilizar esto. Pero si algo falla, el domingo nos tocará a nosotros jugarnos el pellejo. Y cuando digo jugarnos el pellejo, hablo en serio, así que si alguno tiene miedo, que se vuelva ahora mismo con Lorenzo. ¿Me explico?

—Señor —dijo Agapito—; nos está insultando.

Brian lo miró. Luego, miró a los demás, que le contemplaban hoscamente, irritados. Sonrió y alzó las manos con gesto de paz.

—Sólo quería estar seguro de que, en efecto, Lorenzo me ha enviado a sus doce mejores hombres. Como veo que es así, vamos a aclarar las cosas. Desaten ese fardo.

En el fardo había rifles. Pero no rifles como los que conocían los andinos, que se quedaron mirando asombrados los que tenían a sus pies. Eran un poco más grandes de culata, y el cañón tenía el diámetro adecuado para que dentro cupiesen las granadas que ellos habían creído de mortero.

—Podríamos utilizar otra clase de armas, llegado el caso —comenzó a explicar Brian—. Pero eso significaría que tendríamos que matar a mucha gente, y ninguno de nosotros quiere eso, ¿verdad? A fin de cuentas, es una revolución, una pequeña guerrita civil, y los primeros en lamentar muchas muertes cuando todo hubiese terminado, serían ustedes. Por eso, utilizaremos estas granadas de gas. Son facilísimas de disparar. Naturalmente, el rifle se carga por la boca, de la siguiente manera…

La explicación, completísima, y aclarando algunas dudas, duró apenas quince minutos. Para entonces, cualquiera de los doce hombres estaba capacitado para disparar las granadas de gas. Brian abrió entonces el pequeño paquete que había dejado a un lado cuando apareció el que contenía las granadas. Todos se quedaron mirando los fajos de billetes andinos, en silencio.

—Hay aquí quinientos mil pesos —dijo Brian—. Y con ellos tenemos que comprar un par de lanchas pequeñas y rápidas. Dos de ustedes se encargarán de ello mañana. Tienen que ser dos que sepan lo que compran, y que, además, no puedan ser identificados en

Ciudad Andina como guerrilleros de Lorenzo.

Agapito y los demás se liaron en una agitada discusión, que terminó con la selección de dos hombres.

—Son Ramón y Camilo, señor. Ellos lo harán, y muy bien —aseguró Agapito.

—De acuerdo. Ellos dos bajarán mañana, a pie, a Ciudad Andina. Muy temprano. Tienen que comprar las lanchas, asegurarse de que funcionan, de que son rápidas, de que el motor está repasado… En definitiva tienen que dejarlas allí, en el puerto, con el depósito lleno de combustible, y unas latas más, de reserva. ¿Tienen alguna duda?

—Sí, señor —dijo Camilo—. ¿Cuánto tenemos que pagar por las lanchas?

—Si es necesario, los quinientos mil pesos. Pero quiero las dos mejores lanchas que haya en venta. Sin bromas ni truquitos sinvergüenzas que os den unos pesos de beneficio, ¿está claro?

—Sí, señor.

—Pensadlo bien, porque de cómo funcionen las lanchas pueden depender nuestras vidas el domingo. Y por último, una noticia que espero les guste a todos ustedes: si el sábado por la noche todo sale bien, y nosotros no tenemos necesidad de intervenir, las dos lanchas volverán a ser vendidas, y el dinero que se obtenga, será para ustedes doce, como premio especial por su colaboración no menos especial.

Hubo gritos de alegría, palmadas en la espalda, sonrisas, manos que se frotaban ante la perspectiva…

Cuando Brian Talbot se alejó de la casa de la Colina, con dos tristes hombres tirados en el piso del asiento de atrás, en la casa quedaban doce guerrilleros contentísimos.

En cuanto a él, sólo tenía una pequeña preocupación: que el agente de SSI de Andina llamado Meléndez fuese un tonto absoluto.

Poco después llegaba al hotel. Estacionó el coche lo más cerca posible, y como si hubiese olvidado que en el asiento de atrás hubiese dos agentes rusos atados y amordazados con esparadrapo, se apeó, lo cerró, y se encaminó al hotel.

Nada más ver la cara del conserje de noche al entrar en el vestíbulo, supo que Meléndez no era tonto. Al menos, no del todo. Pidió su llave, cambió unos saludos y unas banales explicaciones, y

subió a su habitación. Se sentó en el borde de la cama, encendió un cigarrillo, y se dispuso a esperar.

Sólo tuvo que esperar el tiempo que duró el cigarrillo.

Cuando sonó la llamada a la puerta, fue allí, la abrió y se quedó mirando amablemente al hombre que estaba ante ella. Un sujeto de estatura mediana, muy moreno, de unos treinta y cinco años, mirada inteligente, atractivo. El tipo le gustó a Brian. Había otro hombre, a la derecha del primero y un poco más atrás, con la mano derecha metida en el bolsillo de aquel lado de la chaqueta.

—¿Señor Navarro?

—Así es. —Brian miró al otro y sonrió—. ¿Qué tal, señor Meléndez?

—Bien —masculló Meléndez.

—Espero que no fuese un gran trastorno para usted cambiar una rueda. —Brian volvió a sonreír—. Puede conformarse pensando que su cabeza no habría podido cambiarla.

Meléndez refunfuñó algo, pero el otro alzó las cejas, en un gesto simpático, casi sonriente…, pero bastante desconcertado.

—¿Nos permite usted pasar, señor? —pidió.

Brian se apartó, y los dos hombres entraron. Meléndez se colocó ante él, le pasó las manos por el pecho, y se quedó inmóvil al notar la pistola. En silencio, se la quitó, ante la pasividad de Brian. Tampoco el otro hizo ningún comentario al respecto. Se limitó a presentarse:

—Soy Lucas Ortega, jefe del SSI… señor Navarro. ¿Sabe usted lo que es el SSI?

—Con la misma perfección con que usted sabe lo que es la CIA, señor Ortega. ¿Me han encontrado gracias al número de la matrícula del coche? Supongo que Meléndez lo anotó desde el primer momento, ustedes tuvieron tiempo de localizar esa matrícula, supieron que era un coche alquilado a Carlos Navarro, alojado en el *Miramar*, y a falta de cosa mejor que hacer, se han dedicado a esperarme.

—Sí, en efecto.

—Contaba con eso.

—Ah. Eso quiere decir que usted está dispuesto a darnos una explicación, ¿no es así? Por ejemplo, señor Navarro, podría usted empezar diciéndonos qué significan esos dos hombres que usted

tiene en su coche.

—¿Ya lo han abierto?

—Nos hemos permitido esa arbitrariedad. ¿Quiénes son?

—Dos agentes rusos, que utilizan los nombres de José y Juan. No sé nada más de ellos.

—¿Usted ha capturado a dos espías rusos? ¿Por qué, señor Navarro?

—No me llamo Navarro. Me llamo Brian Talbot, y soy agente especial volante de la CIA. Por favor, señor Ortega, siéntese: tenemos para un rato de conversación.

CAPÍTULO VIII

Nemesio Gálvez se sentó en el banco, a pleno sol, y se quedó mirando al mar, que se extendía en hermoso arco azul frente al paseo. En la playa había muchas personas tomando el sol, o nadando. Unas pequeñas barquitas de vela ponían manchas blancas en el azul…

Por fin, Gálvez miró a Carlos Navarro, que también contemplaba plácidamente el mar, como ajeno a todo lo demás.

—Bueno —refunfuñó Gálvez—, ya estoy aquí, señor Navarro.

Brian lo miró y asintió.

—Le veo, Gálvez. ¿Todo va bien?

—Usted sabrá. Por nuestra parte todo está perfecto, pero seguimos esperando las armas. Y ya es sábado.

—¿Están reunidos todos los hombres de Lorenzo en el cafetal de la hacienda?

—Más o menos.

—De acuerdo. ¿Leyó usted las instrucciones que le entregué para Lorenzo?

—Claro. No pude resistirme a ello.

—Me parece normal. Y además, conveniente, porque así comprenderá mejor todo lo que voy a decirle a continuación. Pero antes, dígame una cosa: ¿todo el mundo está convencido de que recibirán las armas en el cafetal de la hacienda?

—Naturalmente —le miró sorprendido Gálvez.

—Magnífico. Porque no las van a recibir ahí, Gálvez.

—No comprendo.

—Se lo explicaré. En primer lugar, si nosotros dejásemos caer las armas en la hacienda, tendrían que recorrer ustedes cincuenta kilómetros para llegar a Ciudad Andina, lo cual es muy

comprometido…

—Lorenzo tenía previsto esto…

—¿Tenía previsto Lorenzo que entre ustedes hubiese un traidor o varios?

Gálvez le miró con los ojos entornados.

—No hay traidores entre nosotros —susurró.

—¿Apostaría su vida por eso?

—No —palideció Gálvez—. No, desde luego.

—Entonces, estará de acuerdo conmigo. Vamos a hacer las cosas como si temiésemos que hay algunos traidores en su partida de guerrilleros. En realidad, el plan que le entregué a usted no es el verdadero, ya que tiene dos inconvenientes: la posible existencia de un traidor o varios y la dificultad de que mil hombres armados recorran cincuenta kilómetros, acercándose a Ciudad Andina, sin llamar la atención, aunque sea de noche. Así pues, esos mil hombres se alejarán del cafetal desarmados, por grupos, al mando de los hombres de confianza de Lorenzo, que serán los únicos que sabrán adónde se dirigen exactamente. Una vez en ese lugar, reunidas todas las partidas, recibirán las armas, exactamente a las dos de la madrugada. Es una hora… muerta, ¿no le parece?

—Sí… ¿En qué lugar definitivo deben reunirse?

—En La Hoya.

—¡La Hoya…! —Respingó Gálvez—. ¡Eso está solo a tres kilómetros de Ciudad Andina, detrás de la Colina!

—Lo sé. Lorenzo y sus hombres, en cuanto tengan las armas, pueden llegar a Ciudad Andina en menos de una hora. Las tres de la madrugada. No podemos elegir mejor hora para dar el golpe… ¿Está de acuerdo con esto?

—Sí… Con esto, sí, desde luego. Pero… La Hoya está demasiado cerca de Ciudad Andina. Los aviones que vengan a dejar las armas con paracaídas serán detectados, la vigilancia…

—No habrá tales aviones… —sonrió astutamente Brian—. Esas armas están en Andina hace varias semanas, esperando el momento de ser entregadas. Llegarán a La Hoya cargadas en carros de frutas, de los que vienen de madrugada a la ciudad, para la venta en el mercado. Los hombres de Lorenzo tienen todo el día para desplazarse, en pequeños grupos, hasta La Hoya, adonde deben llegar después de anochecido. La Hoya es una depresión llena de

maleza donde es fácil ocultarse, y donde nadie va, pues nada tiene que hacer allí. Mucho menos, irían a partir de las once de la noche, por ejemplo. Así que Lorenzo reúne allí a sus hombres, escondidos entre los matorrales, y esperan. A las dos, es decir, entre la una y media y las dos, llegarán las armas, A las tres, en Ciudad Andina. A las cuatro, en la Casa Presidencial. A las seis de la mañana, Andina estará en nuestro poder. Y sin aviones, ni paracaídas, ni traidores, ni nada que pueda preocuparnos.

Nemesio Gálvez estaba boquiabierto, brillantes los ojos, verdaderamente maravillado.

—¡Eso sí que le va a gustar de verdad a Lorenzo! —exclamó.

—¿Acaso lo otro no le gustaba?

—Pues, la verdad, tenía sus poquitas dudas, ¿comprende? ¡Pero ahora es perfecto, ahora…!

—Calma. No hace falta que los bañistas se enteren de lo que estamos diciendo, Gálvez. Supongo que usted puede decirle esto a Lorenzo inmediatamente.

—¡Claro que sí!

—Bueno —sonrió Brian—. Pues vaya a hacerlo.

—Por todos los santos… ¡eso sí me gusta a mí también!

—Lo celebro. Le llamaré a usted a las seis de la tarde. Si Lorenzo está de acuerdo, y todo está en marcha, sólo tiene que decirme que el negocio ha sido aceptado. Lo demás, correrá de mi cuenta, avisando a mis contactos para que empiecen a cargar las armas en los carros. ¿Tiene alguna duda, Gálvez?

—¡No, señor, ninguna!

—Pues hasta la vista.

Nemesio Gálvez se puso en pie y se alejó apresuradamente. Brian todavía estuvo sentado en el banco, tomando el sol, unos minutos más. Luego, muy tranquilo, sosegadamente, se dirigió a un cercano quiosco, donde compró *El Sol Andino*. Pagó y se alejó, pasando junto a un hombre vestido de blanco que contemplaba las portadas de algunas revistas.

—Lo sabré a las seis —musitó Brian.

Y se alejó, desdoblando el periódico, como un apacible paseante.

A las seis de la tarde, llamó por teléfono a Gálvez al bar del puerto. Nemesio Gálvez dijo que el negocio había sido aceptado.

A las ocho y media, Carlos Navarro apareció en *El Cóndor*, con

gesto un tanto tenso y apresurado. Se sentó a una mesa y pidió aguardiente. La buscona *Luján* todavía no había llegado, pero había otras, ya dispuestas a emprender la jornada, que se quedaron mirándolo sin expresión alguna en sus negros ojos… Hacía sólo tres o cuatro minutos que Brian se había sentado cuando un hombre procedente del fondo del local, se acercó a él y le miró. Fue suficiente. Brian se puso en pie y, cuando el hombre volvió a dirigirse hacia el fondo del local, le siguió.

Cruzaron una puerta, y aparecieron en un pasillo. El hombre condujo a Brian ante una de las puertas que daban al pasillo, y la señaló. Brian entró, el hombre lo hizo tras él, y se quedó apoyado de espaldas en la puerta. De pie en el centro del mugriento despacho, Nemesio Gálvez miraba con expresión de alarma al espía norteamericano.

—¿Qué pasa? —exclamó—. ¿Qué hace usted aquí?

—¿Tiene medios de comunicarse con Lorenzo?

—No… Ya, no… Está camino de La Hoya, naturalmente. ¿Por qué?

—No se ponga nervioso —refunfuñó Brian—. No pasa nada. Sólo que ese idiota de Robles quiere tener una entrevista con Lorenzo.

—¿Ahora? —gritó Gálvez.

—Ahora.

—Pero… ¡Maldita sea su estampa! ¿Qué es lo que quiere ese hijo de tal?

—Lo ignoro. Me ha advertido que sólo hablará con Lorenzo, y que si no lo consigue, no contemos con él.

—¿Por qué?

—¡Le digo que no lo sé! Lo que sí sé es que si Robles no habla con Lorenzo, no nos apoyará, y entonces nos vamos a ver en dificultades técnicas: todo se ha basado en la colaboración de Robles para después del golpe armado, usted lo sabe. ¡Y ahora, ese maldito idiota quiere puntualizar no sé qué detalles, y sólo con Lorenzo!

—¿Qué podemos hacer?

—¡Qué pregunta tan imbécil, Gálvez! Hay que ir a buscar a Lorenzo, eso es todo.

—¿Quiere decir que Lorenzo tendrá que venir a Ciudad Andina ahora?

—¿Se le ocurre otra cosa?

Gálvez movió negativamente la cabeza.

—Ni hablar. Dígale a Robles que eso no es posible. Si no quiere seguir adelante, que no siga. Que haga lo que quiera. Pero que tenga la seguridad de que Lorenzo sólo entrará en Ciudad Andina con las armas por delante. O eso, o nada. Y no se moleste usted en ir a ver a Lorenzo, porque le dirá lo mismo que yo.

—¿Se da usted cuenta de que entre todos están echando a perder mi labor de dos semanas, Gálvez? —dijo fríamente Brian.

—Lo siento.

Brian suspiró profundamente, y miró su reloj. Luego, se quedó pensativo durante más de un minuto.

—Voy a ver a Robles —decidió de pronto—. Hablaré con él cara a cara. No se despegue del teléfono, Gálvez, porque le llamaré antes de una hora.

—Está bien.

Cincuenta minutos más tarde, Brian llamó por teléfono a Gálvez. Tras la conversación, éste abandonó su despacho y poco después salía de *El Cóndor*, alejándose a pie, hacia el muelle. Llegó a la Avenida del Puerto, se detuvo en una esquina y se dispuso a esperar. Sólo tres minutos más tarde, el coche de Brian se detenía ante él. Gálvez se sentó a su lado y Brian reemprendió la marcha.

—¿Adónde vamos?

—Tengo una sorpresa para usted —lo miró Brian en un instante, con expresión de triunfo—. ¿Conoce al coronel Lerma y Soto?

—Claro. Es uno de los mejores militares con que cuenta el país. Fiel en cuerpo y alma a Héctor Carranza. Seguramente, el peor enemigo que va a tener Lorenzo delante cuando entre en la ciudad. Lerma y Soto es un militar magnífico, y nuestra única ventaja será pillarle desprevenido, a las tres de la madrugada. Aun así, habrá que dar el golpe con mucha rapidez, pues si le dejamos que se rehaga, las cosas se pondrán muy mal… Todo el mundo en Andina conoce al coronel Luis Lerma y Soto. ¿Por qué lo pregunta?

—Ya se lo he dicho: le tengo una sorpresa, Gálvez.

Dejaron la ciudad atrás, hacia el interior, pero apenas un kilómetro. Poco después, Brian detenía su coche detrás de otro que estaba detenido a un lado de la carretera. Se apeó, le hizo señas a Gálvez para que le siguiera, y ambos fueron hacia el otro coche.

Brian abrió la portezuela izquierda de atrás, e indicó a Gálvez que entrase en aquel coche. Gálvez lo hizo, se sentó en el asiento de atrás, junto al hombre que había allí, y cuando lo miró a la cara, palideció, y dio tal respingo que su cabeza casi llegó al techo del vehículo. Luego, se quedó mirando a Brian con expresión desorbitada, cuando éste entró por la otra portezuela, dejando al hombre entre los dos. El asiento delantero estaba ocupado solo por el conductor, que parecía ajeno a todo.

Brian Talbot sonrió maliciosamente.

—¿Sorprendido o no, Gálvez?

—Pero…, ¡es el coronel Lerma y Soto!

—Así es —asintió Brian, miró al hombre sentado entre ellos—. Coronel, éste es Nemesio Gálvez, de quien ya le he hablado. Un buen amigo de Lorenzo Morales. Dígale usted mismo, por favor, de qué se trata.

Luis Lerma y Soto, hombre robusto, de mirada penetrante y rostro enérgico, de unos cincuenta años, miraba con cierta vacilación a Gálvez, pero acabó por asentir.

—Está bien. Señor Gálvez, dígale usted a Morales que Anselmo Robles y yo hemos llegado a un acuerdo. Ahora, queremos los dos hablar con Morales, cuanto antes, para puntualizar algunos detalles. ¿Lo entiende?

—Sí, señor —jadeó Gálvez—. Es decir, creo que no, señor. ¿Usted me está diciendo que…, que está de parte de Robles y de Lorenzo?

—Puedo estarlo si Morales y yo llegamos a un entendimiento.

—¿Y si no?

Lerma y Soto frunció el ceño.

—Tal como están las cosas, Robles no quiere arriesgarse a este golpe sin mi colaboración. Si Morales no acepta mis condiciones, temo que su ataque a Ciudad Andina va a fracasar, porque, como está comprobando, estoy al corriente de todo. Si Morales y yo nos entendemos, va a encontrar la ciudad en sus manos en un minuto. Si no nos entendemos, todo ha terminado.

Gálvez se pasó una mano por la frente.

—Bien… Bueno, ya que estamos aquí, podríamos seguir hacia La Hoya, y ver allí a Lorenzo…

—¿Está loco? —cortó fríamente Lerma y Soto—. ¿Quiere que yo

me deje ver por todos los hombres de Morales? Eso sería mi fin. La voz de mi relación con Morales correría por todo el país. Sería detenido y encarcelado… De ninguna manera. Mire, son las diez menos diez. Dígale a Lorenzo Morales que si a las once no ha llegado a la casa de Robles para hablar con los dos, lo mejor que puede hacer es volver a las montañas. ¿Está esto bien claro, señor Gálvez?

—Sí, señor… Sí…

—Buenas noches.

Gálvez se quedó sin saber qué hacer ni qué decir. Brian le hizo una seña, salió del coche, y Gálvez le imitó. Aún no habían llegado al de Brian cuando el coche ocupado por el coronel Lerma y Soto dio la vuelta y emprendió el regreso a Ciudad Andina.

—Muy bien —señaló Brian su coche—, ahí tiene el coche, ¿va a avisar a Lorenzo o regresamos a la ciudad?

—¿Usted no viene?

—Prefiero esperarlos aquí. Y si usted regresa solo, Gálvez, lo mejor que podemos hacer los dos es levantar el vuelo de Andina esta misma noche. No sé si me entiende.

—Le entiendo —masculló Gálvez, metiéndose en el coche.

Regresó cuarenta y cinco minutos más tarde.

Brian, que había estado sentado fuera de la carretera, se acercó al coche, y miró por la ventanilla. Junto a Gálvez iba un hombre al que no conocía, pero en el asiento de atrás distinguió perfectamente a Lorenzo Morales. Se sentó a su lado y encogió los hombros, con gesto de impotencia.

—Lo siento —murmuró—; ha sido una jugada personal de Robles. ¿Piensa ir a hablar con ellos, Lorenzo…?

—¿Qué me aconseja usted? —sonrió secamente el guerrillero.

—¿Yo? Bueno, lo único que puedo hacer es ponerme en su lugar, y me parece que me lo pensaría mucho antes de ir ahora a la ciudad. Pero si no hacemos eso, todo estará perdido. Y no me mire de ese modo. Morales, porque yo no tengo la culpa. Ha sido ese puerco de Robles quien se ha sacado esa carta de la manga a última hora.

—Está bien. ¿No sabe usted lo que quiere Lerma y Soto?

—Ni idea. ¿Qué demonios puede querer? ¡Un bocado grande, eso es todo!

—O un gran tajo en el pescuezo, ¿no? —sonrió Morales.

—Podría ser —sonrió Brian también—. Pero después, no antes de que todo haya terminado bien para nosotros.

Lorenzo Morales asintió, reflexionó unos segundos y volvió a asentir.

—Vamos allá, Nemesio.

Faltaban cinco minutos para las once cuando el coche se detenía ante las verjas de la casa de Anselmo Robles. La casa, al fondo, vista por entre árboles, estaba completamente a oscuras.

—Haga una señal con las luces —dijo Brian.

Gálvez obedeció. Al instante, junto a las verjas, apareció un hombre, que las abrió. Gálvez condujo el coche hasta delante de la casa. A la izquierda se veía el reflejo de la luna en las aguas de la piscina.

—No se ve ninguna luz… —susurró Gálvez.

—¿Y qué esperaba? ¿Toda la iluminación de la casa para que nos viesen bien? —Gruñó Brian—. Esperen aquí un momento: voy a llamar.

Salió del coche, fue a la puerta, y llamó. Casi al instante la puerta se abrió, atraída por el criado indio, en pijama, el cual se quedó mirando estupefacto a Brian. Éste entró, asió de una manga al andino, y tiró de él, hacia detrás de la puerta, de modo que ambos desaparecieron del ángulo visual de los tres hombres que estaban en el coche. El indio abrió la boca, pero fue Brian quien habló primero:

—Lo siento, amigo.

Le hundió el puño en el estómago, y el pobre hombre pareció que fuese a partirse en dos. Desencajado el rostro, con los ojos desorbitados, habría caído hacia delante si Brian no le hubiese sujetado, depositándolo cuidadosamente en el suelo, detrás de la puerta.

Salió tranquilamente de la casa y se inclinó junto a la ventanilla.

—Le están esperando, Lorenzo.

—Bernardo vendrá conmigo.

—Muy bien.

Morales salió del coche y lo mismo hizo el hombre que iba junto a Gálvez. Mientras los dos iban hacia la casa, Brian rodeó el coche por delante y se colocó junto a la ventanilla de Gálvez.

—Eh, Gálvez…

—¿Qué? —Asomó la cabeza Nemesio.

Brian alzó un instante la mirada y vio a Lorenzo y Bernardo entrando en la casa. Volvió a mirar a Gálvez.

—Esto… —dijo.

Su puño derecho chascó con terrible fuerza en la punta de la barbilla de Nemesio Gálvez, en un trastazo escalofriante, que tiró al andino, sin sentido, al otro lado del asiento, como si fuese un muñeco. Brian entró rápidamente en el coche, volvió a poner en marcha el motor… y en ese instante oía el grito dentro de la casa. Estaba girando hacia su izquierda cuando aparecieron Morales y Bernardo, ambos con la pistola en la mano.

—¡Nemesio…! —gritó Morales—. ¡Navarro es un…!

Brian no oyó nada más, porque apretó el pedal del gas hasta el fondo, el motor rugió con fuerza, el coche saltó… Por detrás de él, ya girando, vio los fogonazos de los disparos, y el coche vibró al ser perforada la plancha; y el cristal de atrás saltó en miles de diminutos brillantes que fueron a golpear en la nuca y los hombros de Brian, mientras la bala rebotaba en el bastidor de la puerta delantera derecha, y se hundía en el asiento contiguo.

Mientras tanto, los soldados que habían estado escondidos en el jardín se dejaron ver y una voz sonó claramente:

—¡Morales! ¡Está rodeado! ¡Entréguese o tiraremos a matar!

Todavía antes de llegar a toda velocidad a las verjas, Brian vio en el retrovisor el reflejo de los rojos fogonazos que definían la respuesta de Lorenzo Morales. Y al mismo tiempo que sonaba una descarga en el jardín, las luces del piso alto de la casa se encendieron.

Brian detuvo el coche apenas salir de la quinta, tras girar a la derecha, y se apeó. Regresó a pie, rápidamente, pistola en mano, y se asomó por un lado de la verja, con cuidado. Pero, al parecer, el peligro en el jardín había terminado: vio perfectamente al grupo de soldados entrando en la casa, pasando por encima de dos cuerpos caídos ante la puerta.

Suspiró profundamente, se guardó la pistola y entró en el jardín, caminando hacia la casa.

—¡Ortega! —llamó.

El jefe del SSI apareció a pocos pasos de él, acompañado del

hombre que había abierto las verjas.

—Venga, señor Talbot —dijo Ortega—. Me parece que Morales está muerto. Los soldados no han tenido más remedio que disparar.

Caminaron hacia la casa, en la que estaban encendiendo más luces, y se oían gritos…, pero ni un solo disparo más. Delante de la casa, en la avenida, se habían detenido dos coches, y varios hombres se apearon de ellos…

Brian Talbot iba pensando que, en efecto, todo le estaba saliendo a la perfección. Incluso el pequeño detalle del hombre que debía abrir las verjas. Tanto éste, como los soldados, habían entrado subrepticiamente en el jardín de la quinta de los Robles, escondiéndose, esperando el momento final.

Cuando llegaron ante la puerta de la casa, Ortega y Brian se detuvieron, a dos pasos de los retorcidos cadáveres de Bernardo y Lorenzo, acribillados a balazos.

—Ha prestado usted un gran servicio a Andina, señor Talbot —dijo Lucas Ortega—. Supongo que se da cuenta.

—Naturalmente, Lorenzo Morales no era más que un canalla dispuesto a sacrificar a quien fuese con tal de alcanzar el poder. Era lo único que le importaba, y para conseguirlo no habría vacilado en movilizar incluso a niños…, para luego explotarlos a todos en su exclusivo beneficio. Un hombre así, dentro de un país, es como… un cáncer en un cuerpo humano.

—En efecto. En estos momentos, algunos de mis hombres ya deben estar en la hacienda que nos indicó, y habrán detenido a la mujer de Morales, al capataz de la hacienda…, y habrán recuperado sus cien mil dólares, espero. En cuanto a los Robles, con estos dos cadáveres aquí, están perdidos: serán acusados de complicidad con los guerrilleros y juzgados muy severamente. Y no sólo los eliminamos a ellos como peligro siempre latente, sino que tenemos a los dos rusos, y desarticularemos su red de espionaje en Andina. Francamente, señor Talbot, como profesional del espionaje, no puedo sentir hacia usted otra cosa que una gran admiración…, y una gran gratitud. En una sola noche, hemos limpiado el país de preocupaciones. Y mañana empezará una nueva Andina, con la llegada del oro.

—Sí —musitó Brian.

Por detrás de ellos llegó el coronel Lerma y Soto, que se quedó

mirando con curiosidad a Brian.

—Debo pedirle perdón, señor Talbot: todo ha salido como usted predijo.

—Cada uno sabe bien su trabajo, coronel. Espero que usted cumpla a la perfección el suyo en La Hoya.

—Todo está en marcha. Solamente esperaba ver qué sucedía aquí. ¿Puedo hacer algo más?

—No —dijo Ortega—. El señor Talbot tiene razón: a usted le toca ahora, coronel. Y no olvide que seguramente hay en La Hoya cerca de mil guerrilleros.

—Muy mal armados —sonrió Lerma y Soto—, porque esas armas no llegarán jamás, ¿verdad, señor Talbot?

—Verdad. No llegarán porque nunca han existido. Ah, Ortega; Gálvez está en mi coche.

Lucas Ortega asintió y se volvió hacia el hombre que había abierto las verjas.

—Crisanto, ve a hacerte cargo de Gálvez. Luego, vais a *El Cóndor* y capturáis a los demás. Pero hacedme las cosas bien, ¿estamos?

—Pierda cuidado, don Lucas.

Crisanto se alejó hacia las verjas. Lerma y Soto miró su reloj.

—Los capitanes Valdés, Ramírez y Buendía ya deben tener cercada La Hoya de acuerdo a mis instrucciones —dijo—. Bien, caballeros, si no me necesitan aquí, voy a tomar el mando en La Hoya.

—Buena suerte, coronel —deseó Ortega.

—Será como cazar conejos —musitó el coronel—. Espero que esos guerrilleros tengan la inteligencia suficiente para no hacer frente con unas cuantas pistolas y fusiles a ochocientos soldados que los tienen acorralados en La Hoya. Hasta la vista.

—¿No se queda a ver a los Robles? —preguntó Brian.

—No, señor Talbot; la visión de los traidores siempre me ha producido náuseas.

Los Robles salieron poco después de la casa, rodeados por el pelotón de soldados. Se habían vestido apresuradamente, de cualquier manera, y ambos estaban palidísimos. Al ver a Brian, parecieron quedar clavados al suelo.

El espía miró a Lucía Robles, mientras sus labios se estiraban en una fría sonrisa de desprecio y burla.

—Mala suerte, ramerilla —dijo.

—¡Bujarrón! —Tembló la voz de Lucía Robles.

—No creo —rechazó Brian Talbot.

Los soldados se llevaron a los Robles. A Lucía, la furia parecía darle fuerzas, pero Anselmo Robles caminaba como si las piernas le fuesen a fallar de un momento a otro.

—Ha sido una sucia jugada de espías, ¿verdad? —Le miró sonriente Lucas Ortega.

—Así es el juego, Ortega, y así hay que jugarlo. Tengo que marcharme ya.

—Puedo prestarle un coche. El suyo…

—No se preocupe. Por mí está bien así. Hasta la vista. Supongo que no se olvidará de ir a la casa de la colina en el momento oportuno.

—Iré.

Brian alzó una mano con gesto de despedida y se alejó. Cuando entró en su coche, Gálvez ya no estaba allí.

Miró la acribillada carrocería. Lo puso en marcha y se alejó. Unos cientos de metros más allá, detuvo el coche y sacó la radio de bolsillo que había sido propiedad de Richard Liang. Apretó el botón de llamada. Casi en el acto supo que habían abierto el canal, pero del aparato no brotó voz alguna. Sonrió secamente.

—¿Está usted ahí, Germán? —preguntó.

Hubo unos segundos de silencio antes de que se oyese en el coche la voz de Germán:

—¿Navarro?

—Así es.

—¿Cómo ha conseguido comunicarse conmigo? Quedamos…

—Tengo una radio de bolsillo.

—Pero usted no conoce mi onda… Mejor dicho, no debería conocerla, según las instrucciones que recibí.

—Hablaremos de eso luego. Es imprescindible que nos veamos. Y ahora, cuanto antes.

—No, no, no. Las instrucciones.

—Germán: dentro de veinte minutos le espero a usted en la Avenida de la Colina, delante de la estatua ecuestre del general Varela. Si no viene, aténgase a las consecuencias.

Cerró la radio, la guardó, y reemprendió la marcha hacia la

Avenida de la Colina.

Veintidós minutos después de su llamada, cuando se disponía ya a marcharse, apareció el coche. Estacionado junto al bordillo, Brian lanzó una ráfaga con las luces del coche. El otro coche maniobró, hasta quedar detrás del suyo. Por el retrovisor, Brian vio apearse a Germán, que subió a la acera, caminó hasta llegar a la portezuela derecha, la abrió, y entró, señalando hacia atrás.

—¿Qué le ha pasado al cristal de atrás?

—Me dispararon.

—¿Quién?

—Lorenzo Morales y un tal Bernardo. En estos momentos está usted sentado encima de una bala.

Germán había palidecido.

—¿Algo va mal? —preguntó con voz aguda.

—Por el contrario, todo ha terminado. Es decir, casi todo.

—¿Qué quiere decir?

—Lucas Ortega y algunos soldados del coronel Lerma y Soto han matado a Lorenzo Morales y han detenido a los Robles.

—¿Cuándo? —chilló Germán.

—Esta noche. Yo estaba allí.

Pareció que Germán fuese a desmayarse.

—¡Pero no fue así como se planeó! —aulló.

—Bueno, pero se han conseguido nuestros objetivos, ¿no es cierto? La CIA quería tener el país limpio, y lo tiene. Lorenzo Morales ha muerto y sus guerrilleros serán hechos prisioneros muy pronto por Lerma y Soto. Lucas Ortega tiene a dos rusos y a los Robles, y la red soviética quedará desarticulada muy pronto. Así pues, la CIA no puede pedir más, Germán. Aunque a decir verdad, no lo he hecho por la CIA, sino por Andina.

—¿Qué quiere decir? —jadeó Germán.

—Andina es, en estos momentos, un país limpio —suspiró Brian; sacó la radio de Liang, y la mostró—. Ahora, vea usted esto.

—Supongo que es la radio con la que se ha puesto en contacto conmigo.

—Sí. Se la quité a un hombre de raza china, llamado Richard Liang. Lo maté hace algunos días…, así que no fue él quien le llamó diciéndole que estaba herido.

—Dios mío…

—Era de los nuestros, ¿verdad?
—Sí… No, no… Bueno…
—Era de los nuestros y tenía como única misión no perderme de vista en ningún momento. Cuando lo maté usted perdió el control sobre mí, Germán. ¿No es así?
—No… No, no…
—Vamos, no sea estúpido. Estamos en el mismo barco… Y por culpa de usted, por no haberme advertido de que Liang estaría siempre cerca de mí, ese pobre muchacho ha muerto. De un modo estúpido, por Dios… ¿Por qué no me advirtió de que Liang estaría siempre cerca de mí? ¡Y no me diga que no lo sabía!
—Ésas fueron las órdenes —murmuró Germán.
—¿Tenían que protegerme o vigilarme?
—Teníamos que saber en todo momento qué hacía usted. Pero no sé por qué. ¡Le juro que eso no lo sé, Navarro! Teníamos que saber dónde estaba usted siempre, y con quién hablaba, a quién visitaba… Cada doce horas, debíamos enviar esa información por radio. Y no sé nada más, se lo juro.
—Yo sí lo sé.
—¿Usted? Bien, entonces dígame qué…
—No. Es mejor para usted que no sepa esto… Por su bien, Germán: no quiera saberlo. Quédese con la radio y mañana al mediodía llame por la emisora principal, diga lo que ha pasado con Liang, y que a raíz de eso, yo me puse a pensar, y fui a que me examinase un médico de Ciudad Andina, finalmente. ¿Se acordará?
—Claro. Pero no comprendo lo que…
¡*Crack*!, restalló el puño izquierdo de Brian en la barbilla de Germán. Éste salió disparado hacia atrás, con los ojos en blanco, rebotó de cabeza contra el bastidor de la puerta y cayó hacia delante, para arrugarse a los pies del asiento, perdido instantáneamente el conocimiento.
Brian le quitó las llaves del coche, fue a cerrarlo y regresó al suyo, colocando de nuevo en el bolsillo de Germán las llaves de su coche, tras colocarlo un poco mejor en el asiento. Luego, puso en marcha su vehículo y se dirigió Avenida de la Colina arriba.
Pocos minutos después, detenía el coche delante de la casa. No había ninguna luz, pero sabía que los doce hombres estaban allí. Tenían que estar. Y estuvo seguro de ello cuando, apenas salir del

coche, dos hombres se movieron en el jardín.

—¿Señor Navarro?

—Hola, Pepito. Vengan a ayudarme: entren a este hombre en la casa.

Los dos guerrilleros se acercaron. Pepito se quedó mirando el hueco del cristal de atrás y los cientos de brillantes cristales esparcidos por el interior del coche.

—¿Qué ha pasado? —exclamó.

—Mucho me temo que van a surgir dificultades. Este hombre es de la CIA. Lo cacé cuando estaba espiando a Nemesio Gálvez y le obligué a hablar.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho lo suficiente para que yo esté muy preocupado por Lorenzo y los demás. Tal como temía, alguna información se ha filtrado hasta la CIA. Ya lo comprendí cuando aquellos dos de antes se metieron conmigo, pero no creí que supiesen tanto sobre el asunto. Ahora tenemos que damos prisa si queremos ayudar a Lorenzo, o de lo contrario, todo estará perdido…, a menos que nosotros consigamos mañana nuestros propósitos. Vamos, sáquenlo del coche.

El desvanecido Germán fue introducido en la casa. Brian se dedicó a amordazarlo y atarlo rápidamente con tiras de esparadrapo, mientras los hombres del grupo final, despertados de su sueño en sillones, camas, e incluso en el suelo con algunas mantas, contemplaban expectantes al espía norteamericano. Pero éste no tuvo necesidad de decir nada, pues Pepito lo hizo por él.

Cuando Brian terminó de «empaquetar» a Germán, el silencio era total, y todas las miradas estaban fijas en él.

Brian encendió un cigarrillo, y se quedó pensativo, fruncido el ceño.

—Si me preguntan qué podemos hacer —dijo de pronto—, mi respuesta es que no lo sé. Es decir, sí lo sé: evidentemente, Lorenzo y los demás están en un grave aprieto, pero me pregunto si nos conviene intervenir. Si lo hacemos, quizá de todos modos no podamos hacer nada por ellos, y, en cambio, quizá perderíamos la oportunidad de hacer nuestro trabajo de mañana…, que eso sí los beneficiaría. ¿Me comprenden?

Varias cabezas se movieron afirmativamente.

—A lo mejor, no pasa nada —dijo Agapito.

—Ojalá sea así. ¿Las lanchas están preparadas?

—Sí, señor, desde luego.

—Bien. Irán seis de ustedes en cada una.

—¿Y usted?

—Yo tengo otra. Una muy veloz. Con ella atacaré directamente el pesquero Alcotán, tal como ya hablamos. Ustedes atacarán a las lanchas guardacostas que llegarán escoltándolo. Irán una delante, otra detrás, y una a cada lado del Alcotán. Una de nuestras lanchas atacará al guardacostas de atrás y al de la derecha. Es decir, que una de nuestras lanchas llegará por la popa del pesquero, y la otra por la proa. Yo atacaré por estribor… ¿Estamos de acuerdo? ¿Lo recuerdan todo bien?

—Sí, señor. Ya verá cómo…

Unos cuantos estampidos sordos llegaron al interior de la casa. Luego un súbito silencio, muy breve. Después el fragor de muchos más estampidos… Eran como pequeños taponazos o quizá como el rodar de piedras blandas…

Brian se abalanzó hacia la puerta y los demás le siguieron rápidamente. Salieron de la casa y fueron hacia la parte de atrás. Desde allí vieron, a no mucha distancia, los rojos resplandores de la pequeña batalla y el humo de la pólvora quemada que ascendía hacia el estrellado cielo, como en destellos que aparecían y desaparecían velocísimamente. Las bolas de humo tenían un color rojo sucio, aparecían y desaparecían como fantasmas de mil formas. El fragor de la fusilería llegaba ahora más claramente hasta el grupo.

—Es en La Hoya —susurró Camilo.

La batalla duró muy poco, realmente. Para los trece hombres que contemplaban los rojos destellos que parecían hacer sangrar la noche, duró apenas dos minutos. Para los que estaban en La Hoya, quizá había durado siglos. Brian se imaginó a casi mil hombres metidos en La Hoya, esperando armas que nunca llegarían, esperando a un jefe que nunca llegaría. Desconcertados, sorprendidos, mal armados, habían tardado sólo dos minutos en comprender que todo estaba perdido.

Brian dio media vuelta, emprendiendo el regreso a la casa.

—Todo depende de nosotros —murmuró—. Pero recuerden: no

quiero muertos. Bastará con las granadas de gas.

—Me gustaría saber qué ha pasado en La Hoya —dijo Agapito.

—Ha pasado lo que conseguí que me dijera el hombre de la CIA que tenemos allí dentro: un tal coronel Lerma y Soto ha cazado a Lorenzo y a los demás, en La Hoya.

—¡Le voy a cortar a ese tipo el gaznate…!

—Calma, Agapito. Ese hombre se quedará en la casa. Cuando nosotros nos vayamos antes del amanecer, unos compañeros míos vendrán aquí, y se harán cargo de él. Un hombre muerto no sirve para nada.

»Y ese hombre, vivo, quizá todavía nos pueda servir de algo. Vamos a descansar: mañana nos espera un día muy duro.

Capítulo IX

Al amanecer, los doce hombres habían partido en las dos lanchas, todos bien armados con los fusiles lanzagranadas. Desde el embarcadero, Brian Talbot los vio partir y estuvo allí hasta que las luces de las lanchas se fueron perdiendo en la bruma matinal. Luego, llevando en una mano la maleta que contenía su fusil y varias granadas de gas, así como el resto del material facilitado por Germán a su llegada a Andina, y en la otra un pesado bidón lleno de combustible, Brian caminó por el embarcadero, hasta localizar la lancha *Coral*. Subió a ella, vació el combustible en el depósito y, tras comprobar que el nivel alcanzaba lo suficiente para sus planes, entró en el camarín con la maleta, tras abrir la escotilla con un puntapié, dado con la potencia y la indiferencia de un robot que sabe que no puede fallar.

Dentro del camarín del almibarado *boudoir*, todo estaba en orden. Colocó la maleta sobre la litera de estribor, la abrió y sacó el fusil y las granadas. Luego se quedó mirando la caja que contenía los inyectables que habrían aliviado su dolor en los últimos días de su vida, manteniéndole en perfecta forma física. La abrió y contempló hoscamente las ampollas. No faltaba ni una. Todas estaban allí, llenas. La jeringuilla ni siquiera había sido usada.

—Puercos —musitó—. ¡Puercos, puercos, puercos!

Dejó sobre la litera el fusil y las cuatro granadas bien ordenadas. Cerró la maleta y volvió a cubierta. No le costó nada arrancar los cables del encendido y provocar éste. La lancha trepidó al entrar en funcionamiento el motor. Soltó la amarra, se puso al volante y partió mar adentro.

En muy pocos minutos, con la característica rapidez de los trópicos, se haría de día.

Para entonces, Brian Talbot estaba ya a un par de kilómetros de la costa, navegando lentamente, economizando combustible. Lo iba a necesitar luego. Y mucho. No podía desperdiciar ni una sola gota.

Así que, cuando estuvo a mucha distancia de la costa, paró el motor y quedó flotando en silencio sobre las olas de espumosa cresta, que chascaban contra el casco de la lancha. El tiempo no era malo, y el estado de la mar, tan sólo ligerísimamente picada. Todo iba bien. Todo iba tan bien, que Brian Talbot no podía creerlo. Lo había hecho todo. Él solo, lo había hecho todo. A su manera, desde luego, pero lo había hecho.

Se sentó en la cubierta, y se quedó mirando el mar. Mar por todas partes. Ya, ni siquiera una sola gaviota. Un cielo azul, completamente despejado, y el mar. Y un solo hombre que debía morir. Un hombre solo, con sus recuerdos…

* * *

—Brian. ¿Estás dormido?

—No, mi amor.

—Yo también trabajo para la CIA. ¿Me oyes?

Brian no contestó. Había oído, desde luego. Pero no debía haber entendido bien. ¿Norah era de la CIA? ¿Qué tontería…?

—Hace tres años que trabajo para ellos. Me entrenaron a conciencia, porque dijeron que soy muy inteligente, y que podía ser de mucha utilidad. Tenía veinte años y me parecía todo muy emocionante y patriótico. Pero ahora ya no me lo parece. Soy yo quien te ha estado envenenando, en efecto, siguiendo sus órdenes. Necesitaban alguien dispuesto a morir y te eligieron a ti. Las dosis han sido estudiadas con gran cuidado… Si ibas a un médico español, yo lo sabría y tenía que comunicarlo. Inmediatamente, antes de que tú tuvieses tiempo de reaccionar, recibirías un comunicado informándote de que había sido un error en la clínica, y que, simplemente, lo que padeces es una gastritis de fácil curación. Te pedirían mil perdones, dirían que no sabían cómo había podido suceder, y buscarían a otro, quizá… Tú has creído en todos, y todos te hemos engañado… Pero yo ya no puedo más, Brian, porque te amo de verdad… Ellos no lo saben, creen que estoy trabajando, eso es todo, pero… ¡Dios mío, cuánto te amo, Brian! Te amé en cuanto te vi, pero no les dije nada al respecto. No sé por qué…

Creo que no comprendía la monstruosidad que entre todos estábamos planeando. No sé lo que va a pasar ahora contigo, ni conmigo… Sólo quiero que sepas que te amo, aunque tú me estés odiando ahora.

Brian Talbot no dijo nada. Estuvo quizá un minuto inmóvil. Luego salió de la cama, se puso el albornoz, y salió de la casa, hacia la playa. Se sentó a corta distancia del agua, y estuvo oyendo el mar. Ahora sí lo veía y lo oía… ¡Qué hermoso era! ¡Dios, qué hermosa era la vida…!

Oyó el crujir de la arena tras él. Norah se sentó a su lado, y le tomó una mano. Brian la miró y vio sus ojos llenos de luna y de estrellas.

—Brian, ¿qué vamos a hacer? Cuando sepan que lo sabes…

—No lo sabrán. Nunca sabrán que me lo has dicho.

—Sí lo sabrán. Y entonces…

—Nunca lo sabrán por mí, Norah.

—Pero entonces…. ¿Qué vamos a hacer?

Brian Talbot se quedó mirando los ojos de su esposa. Luego miró hacia la gran lámina de plata que parecía el mar… y de pronto, pensó que quizá incluso en aquel momento, un hombre de la CIA, un compañero que no debía saber la verdad, que sólo debía saber que tenía que vigilar a Brian Talbot y averiguar si iba a visitar a algún médico, quizá los estaba viendo. Sí, quizá un buen compañero estaba viéndolos en la playa, vigilándolos, cumpliendo su trabajo, haciendo su parte en el juego. Un juego que nadie sabía nunca cómo se jugaba. Nadie.

—¿Qué vamos a hacer? —musitó por fin Brian Talbot—. Es muy sencillo, mi amor: seguiremos jugando el juego.

* * *

El sol estaba ya muy alto. Es decir, considerando que estaba prácticamente en la línea del Ecuador.

Brian miró su reloj. Luego, fue a los mandos, puso de nuevo en marcha la lancha y reemprendió la navegación. Muy lejos de allí, al amanecer, unos hombres habían abandonado ya el pesquero, recogidos por otra embarcación. A partir de ese momento, el nombre del pesquero, fuera cual fuese, habría sido cambiado por el de Alcotán. Y ahora, el Alcotán, cargado con cinco toneladas de hierro ya debía estar acercándose a la costa andina.

Tan sólo cinco minutos más tarde vio la primera lancha. Muy poco después divisó la otra, a lo lejos, dejando una delgada raya

blanca en el azul del mar. Pasó muy cerca de la primera, mirando a los hombres que la ocupaban; distinguió la blanca sonrisa de Agapito, que le saludó con la mano derecha, blandiendo con la izquierda el fusil lanzagranadas.

Cuando pasó cerca de la otra lancha, Pepito también le saludó, en silencio. Viró, se colocó detrás de las dos y entre ambas, y luego las adelantó, formando así un triángulo con la punta que él ocupaba señalando a alta mar. La distancia hasta la costa debía ser de unos veinticinco kilómetros. Es decir, que si encontraban al Alcotán unos diez kilómetros más adelante, la distancia a recorrer hasta la Fosa de la Tortuga sería de unos veinticinco kilómetros.

—Unas quince millas —calculó.

El pesquero Alcotán y las lanchas guardacostas aparecieron en el azul horizonte tan sólo siete minutos más tarde. Brian volvió la cabeza, y vio las dos lanchas tras él, a derecha e izquierda. Alzó un brazo y las dos lanchas comenzaron a separarse, abarcando un semicírculo mucho más grande. Una de ellas le adelantó, desviándose hacia la izquierda… Era la que iba a atacar por la proa del pequeño convoy.

Estaban a menos de media milla cuando de una de las lanchas torpederas comenzó a llegarles el sonido de la sirena, en bocinazos que subían y bajaban de tono. Brian fijó el volante, entró en el camarín y recogió el fusil y las granadas. Cuando regresó a cubierta, introduciendo una de las granadas por la boca de fuego, la lancha guardacostas se acercaba hacia ellos velozmente. El sonido de sus bocinazos era ensordecedor ahora.

Brian miró hacia la lancha de Pepito, que estaba a su derecha. La vio aumentar la velocidad, describiendo un arco que la acercaba más a la lancha guardacostas, que les estaba advirtiendo que no debían acercarse. Por detrás de esta primera lancha, otra se despegaba del Alcotán, y acudía también hacia allí…

Pepito fue el primero en disparar.

Brian vio el impacto de la primera granada en el mar, a estribor de la lancha guardacostas. Del mar brotó un segundo después una densa nube de humo blanco. Al mismo tiempo, desde la lancha de Pepito, otros dos hombres dispararon. En la lancha hubo un estampido, hubo un surtidor de astillas, otro estampido, y en el acto aparecieron las dos densas nubes de humo blanco del gas narcótico.

Fue alucinante: la lancha guardacostas pareció saltar, sus motores rugieron con tremenda fuerza, y acto seguido comenzó a bandear a derecha e izquierda, mientras iba perdiendo velocidad, agotando la que llevaba en el momento de recibir los dos impactos de gas.

Pasaron zumbando junto a ella, viéndola oscilar a babor y estribor, abandonados sus mandos, parados los motores, envuelta en aquel humo blanco… Su paso por ambos lados del guardacostas fue tan veloz que ni siquiera llegaron a olfatear el gas.

Desde la lancha que había iniciado también el acercamiento, dispararon el primer cañonazo, cuando todavía estaban a un cuarto de milla. Una tromba de agua blanquísima apareció a babor de la lancha de Pepito, cayendo luego como espesa lluvia sobre los ocupantes. Y al segundo siguiente, tras otro cañonazo, Pepito, sus compañeros y la lancha saltaban por el aire convertidos en pedazos, envueltos en una bola de fuego y de humo negro.

Brian estaba ya apuntando hacia el guardacostas, y disparó justo en el momento en que un proyectil disparado por los andinos echaba sobre él otra tromba de agua y espuma. Se limpió rápidamente el agua de la cara y ojos, empuñó el volante, y giró a la derecha, desviándose de la lancha guardacostas, que estaba envuelta en humo blanco, y oscilaba como si fuese a perder la estabilidad de un momento a otro.

Se limpió mejor los ojos, y miró hacia la lancha de Agapito. La vio describiendo un gran arco, acercándose al pesquero por el otro lado. Una de las lanchas, la que iba delante, acudía a su encuentro, disparando. La lancha de Agapito quedó en un instante entre tres altos surtidores de espuma, pero, al segundo siguiente, cerca del guardacostas, aparecían dos nubes de humo blanco, y otra en la proa. Sólo que esta lancha guardacostas no se detuvo, sino que continuó navegando en dirección a la costa. Agapito se apartó, dejándola pasar, y enfilando su lancha hacia el otro guardacostas, la última, que aparecía ahora por detrás de la proa del Alcotán.

Brian puso rumbo al pesquero, desentendiéndose de la inminente cuestión entre la lancha de Agapito y el otro guardacostas.

Metió otra granada en el tubo del fusil, apuntó y disparó en menos de dos segundos. La granada cayó a babor del pesquero, tan cerca, que la nube de humo blanco lo envolvió por el centro. Brian

volvió a disparar tres segundos más tarde, y la granada fue a dar esta vez en el chato castillo de proa. Las astillas precedieron hacia el cielo a la blanca nube de gas narcótico que ocultó casi la mitad delantera del pesquero. Brian metió en el tubo la última granada, apuntó hacia popa y disparó. Blanco perfecto.

El pequeño Alcotán quedó completamente envuelto en humo blanco, hasta el punto de que apenas se le veía. También comenzó a perder velocidad y a oscilar, aunque menos que las lanchas de borda mucho más alta.

Mientras se alejaba del pesquero describiendo un gran arco, Brian volvió la cabeza hacia la lancha de Agapito y el último guardacostas… Ésta estaba también envuelta en humo y dando bandazos, mientras que la de Agapito describía asimismo un gran arco, alejándose de aquella zona.

Se encontraron a más de media milla, y pararon los motores. Agapito lanzaba gritos de alegría, imitado por sus compañeros de lancha. Eran tan bestias, que ni siquiera pensaban en que Pepito y los otros cinco habían pagado muy caro aquel triunfo.

—¡Eh, señor Navarro, lo hemos conseguido! ¡Tenemos el pesquero a nuestra disposición!

—¡Hay que esperar a que el gas se disperse! —le gritó Brian—. ¡Mucho cuidado con acertarse antes de cinco minutos! ¡Yo me haré cargo del pesquero, ustedes váyanse ya al lugar convenido!

Las lanchas estaban ahora tan cerca que se hacía innecesario gritar.

—¿No podemos echar un vistazo al oro? —pidió Agapito.

—¡No! ¡Aléjense ya! ¡Vayan a la cala que les indiqué, y prepárense para descargar el oro antes de hundir el pesquero! ¡Vamos, no pierdan tiempo!

Agapito todavía vaciló un poco, pero acabó por sonreír, saludó con el brazo en alto, y ordenó al piloto que obedeciera las instrucciones del hombre que les había llevado a la victoria…

Y el hombre que les había llevado a la victoria los estuvo mirando mientras se alejaban, y el tiempo pasaba… Las nubes de gas desaparecieron en pocos minutos, y el espía norteamericano volvió a unir los cables del contacto, y se acercó al pesquero, que flotaba dando fuertes bandazos.

Hasta el punto de que la maniobra que realizó Brian fue bastante

peligrosa, pues en uno de los bandazos, el pesquero podía haber triturado la lancha *Coral*. Brian la mantuvo a conveniente distancia, de nuevo parado el motor. Alzó el anclote, calculó la distancia, y lo lanzó con toda su fuerza… El anclote dio en el casco del pesquero, cerca de la borda, y cayó al agua. Brian se apresuró a sujetar la cuerda, evitando un tirón brusco del anclote al hundirse rápidamente. Lo recuperó, volvió a balancearlo y lo lanzó de nuevo. Esta vez el anclote pasó por encima de la borda y cayó en la cubierta del pesquero. Brian tiró de la cuerda, hasta que, al subir el anclote, una de sus puntas quedó incrustada en la borda por la parte interior.

El espía se asió a la cuerda con ambas manos y se dejó caer. Se hundió en el agua hasta los sobacos. Luego comenzó a subir a pulso por la cuerda, con dificultad debido a estar empapada. Llegó arriba, se asió a la borda con una mano, luego con otra… Dos segundos después caía en la cubierta del Alcotán, donde había varios hombres dormidos bajo los efectos del gas. En un lado, había tres, casi amontonados, y Brian sonrió secamente al verlos.

—Tantas preocupaciones, tanta vigilancia y habéis perdido el juego a las puertas de casa…

Se aseguró de que el anclote estaba bien fijado a la borda, de modo que al poner en marcha el pesquero remolcaría la lancha *Coral*. Luego, fue a la cabina de mandos, que se quedó mirando, tranquilo, sereno. Medio minuto más tarde, los motores del Alcotán volvían a estar en marcha.

Estaba demostrado. Lo había conseguido… Había conseguido demostrar a la CIA que la misión era perfectamente posible para él. Ahora, de acuerdo a las instrucciones recibidas, debía virar, y regresar directo hacia alta mar, hasta llegar a la Fosa de la Tortuga, donde debería hundir el Alcotán en aquella profundidad de tres mil metros…, y hundirse con él, tras ingerir la cápsula de cianuro que debía evitarle sufrimientos al morir ahogado. Eran muy considerados.

Pero él no lo era.

Brian Edward Talbot, al mando del pesquero, puso rumbo a la costa Andina.

CAPÍTULO X

En uno de los severos pero confortables despachos del gran edificio de la CIA en Langley, cerca de Washington, el agente norteamericano John D. Wawthorne, cuyo nombre hasta tres días antes había sido el de «Germán» para su misión en Andina, miraba de uno a otro de aquellos hombres que escuchaban en silencio la última parte de su explicación.

—… Lucas Ortega, el jefe del SSI llegó a la casa a mediodía, y me liberó. Le expliqué quién era yo, no tuve más remedio, ya que lo habría sabido de todos modos, pues los rusos habrían negado que formase parte de su grupo. Bajamos a la ciudad donde todo el mundo corría hacia la playa de la Avenida Costera. Entonces vimos el Alcotán, acercándose. Cuando estaba muy cerca de la playa, un hombre saltó a una lancha roja que llevaba el pesquero a remolque…

—¿Era Brian Talbot? —preguntó uno de los hombres.

—No lo sé, señor. Estaba demasiado lejos para identificarlo con seguridad, pero… yo diría que sí era él. Saltó a la lancha y se dirigió mar adentro. El pesquero, ya parados los motores, continuó navegando hacia la playa, y… y quedó encallado allí. Naturalmente, llegó la policía, luego llegó un guardacostas de la base…

Habría sido difícil señalar cuál de todos aquellos hombres allí reunidos estaba más pálido.

—En resumen —murmuró uno de ellos—: los andinos se hicieron con el Alcotán, y finalmente, supieron que donde debía haber oro, sólo había hierro.

—Sí, señor —jadeó Germán—. Sí, así fue… Mmm… Bueno, Lucas Ortega se había hecho cargo de mí, así que al día siguiente me llevó a ver al presidente Héctor Carranza. Me hubiese querido

morir allí mismo…

—¿Qué dijo Carranza?

Germán se pasó la lengua por los labios.

—Es un hombre muy… educado, señor. Solamente me dijo, yo diría que casi amablemente, que Andina estaba dispuesta a seguir negociando con Estados Unidos, sobre la base de las mismas condiciones, excepto una.

—¿Cuál?

—Ahora no quiere cinco toneladas de oro, señor. Quiere diez toneladas de oro, entregadas en Ciudad Andina antes de un mes. De lo contrario, escuchará las ofertas que le están haciendo los dos agentes de la MVD que Brian Talbot entregó a Lucas Ortega.

—O sea, que además de que Carranza se ha enterado de nuestra sucia jugada, ahora quiere el doble, o de lo contrario entrará en tratos con los rusos.

—Sí, señor. Exactamente, señor.

Se hizo el silencio.

Un silencio denso, tenso, prolongado. Por fin, uno de los serios y elegantes hombres, susurró:

—Es evidente que la agente Prentiss informó al agente Talbot de lo que había preparado para él. Y sencillamente, Talbot nos ha golpeado a todos en la nariz. Pero la agente Prentiss tendrá que dar cuenta de esto a Wallen, que está ahora con ella en Mallorca. Sí, seguramente, ella le dijo que no tenía nada, y Talbot fue a un médico de Palma sin que los dos hombres…

—Hablando de médicos, señor… —murmuró Germán—. Navarro me dijo que después de matar a Liang creyendo que era un agente chino que podía estropear toda la operación, comprendió que era de los nuestros, que eso le hizo pensar, y que fue a que lo examinase un médico de Ciudad Andina.

De nuevo el silencio pareció golpearlos a todos.

—¿Y no sabe dónde está Talbot ahora, Wawthorne?

—No tengo ni la menor idea, señor.

—Bien… Habrá que informar de las nuevas condiciones de Carranza. Y hay que comunicarse con Wallen en Palma, para decirle que Talbot descubrió la jugada por sí mismo. Espero que sepa darle la explicación adecuada.

—¿Crees que Talbot tendrá la desfachatez de volver a Palma de

Mallorca? —preguntó otro de los reunidos.

El presidente del pequeño comité se pasó las manos por la cara y luego quedó con la mirada perdida al frente. La jugada de Brian Talbot había sido brutal para la CIA. Pero había servido, también, para que ésta comprendiese qué clase de hombre había elegido una computadora para condenarlo a muerte a plazo fijo.

—Lo hará. Talbot regresará a Palma, tarde o temprano.

* * *

El avión de *Air France*, procedente de París, aterrizó aquella mañana de verano en Son Sant Joan, cargado de turistas dispuestos a gozar las delicias de la Isla de la Calma. La mayoría de los turistas estaban pálidos, necesitaban realmente tomar el sol una buena temporada.

Así pues, de estos turistas, había que destacar uno, de ojos oscuros y cabellos color cobre, que estaba ya muy bronceado. El pasajero en cuestión abandonaba el aeropuerto veinte minutos más tarde, en un taxi, a cierta distancia de Palma. El pasajero pagó al taxista, agarró su maleta, y se dirigió hacia la casa. Estaba a dos pasos de la puerta cuando ésta se abrió, atraída por la mano de Andrew Wallen, cuyo rostro estaba tenso y pálido. Detrás de Wallen, dos hombres altos, atléticos, de inexpresiva mirada, contemplaban al recién llegado.

—Pase, Brian.

Brian Talbot entró en su casa, dejó la maleta en el suelo y miró lentamente a los dos hombres silenciosos.

—¿Son mis verdugos, señor? —preguntó tranquilamente.

—Pero ¿qué dice, muchacho? Son unos compañeros, eso es todo.

—Lo serán de usted. Yo he enviado ya mi renuncia definitiva a la Central, desde París.

—Oh, bien… Bueno, ¿le parece acertado?

—Sí, Después de mi fracaso en Andina… No sé qué demonios pasó con el timón del pesquero, señor. Se estropeó, así que no pude llevar al Alcotán a la Fosa de la Tortuga. Estuve intentando reparar la avería y casi llegué a Ciudad Andina. Cuando me di cuenta de que ya no era posible hacer nada, me dije que era absurdo ingerir la cápsula, ya que tendrían mi cadáver, sería identificado… Así que

huí con una lancha, y me las he arreglado para regresar… a morir en paz. Siento mucho haber fracasado, señor.

—Bueno, ya no tiene remedio. A propósito, tengo una magnífica noticia para usted, Brian.

—¿Sí? ¿Cuál noticia?

—Pues… hubo un inexplicable error en la clínica cuando usted estuvo allí… Es increíble, pero sucedió…

—¿Qué sucedió? —se interesó amablemente Brian.

Andrew Wallen sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente, y luego por las manos. Por un lado del cuello, un chorrito de sudor llegó hasta el blanco cuello de su camisa.

—Pues… Resulta que usted no tiene cáncer.

—¡Bendito sea Dios! ¿Qué tengo, entonces?

—Una ligera gastritis… Sí, sólo eso. En realidad, con un poco de cuidado en las comidas durante un tiempo, estará perfectamente, esperamos.

—Gastritis… —sonrió Brian—. Sí, eso fue lo que me dijo un modesto médico de Ciudad Andina. Vaya, señor, ¿no es formidable?

—Sí, sí… —Wallen sudaba a chorro—. Es formidable, Brian.

—¡Bueno…! Habrá que celebrarlo adecuadamente. A propósito, se acerca la hora del aperitivo. Supongo que acepta mi invitación, señor.

—Se lo agradezco, pero tengo que salir inmediatamente hacia Estados Unidos. Sólo quería darle la buena noticia. Su esposa ya la conoce… Estuve a visitarla, y cuando ella me dijo que usted llegaba hoy, me pareció que debía esperarlo.

—Muy amable, señor. Le deseo un feliz viaje.

—Gracias… Adiós. Adiós, Brian.

—Adiós, señor.

La puerta se cerró a espaldas de Andrew Wallen y los dos hombres que le acompañaban, y que no habían sido necesarios, pues Brian no había tenido la absurda idea de intentar estrangular a Wallen…

—¿No hay nadie en casa? —llamó Brian.

No había nadie. Fue al salón, salió por la puerta de éste delante mismo de la playa, y la vio, sentada en la arena, mirando hacia allí. Al verlo, Norah se puso en pie de un salto… Y luego se quedó inmóvil, mirándolo fijamente. Brian Talbot caminó por aquella

arena sin quitarse los zapatos por primera vez. Con zapatos, chaqueta, corbata… Llegó ante ella, la miró a los ojos y musitó:

—Pensé que estarías preparando café o algo.

Norah Talbot reaccionó entonces: echó los brazos al cuello de su marido, se apretó contra él, y rompió a llorar.

El juego había terminado.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…